

CRISTIANDAD



55 RAZON DE ESTE NUMERO

aparecido ya algunos números preparatorios, puesto que la figura del mencionado Pontífice merece toda nuestra atención y hacia ella se enfoca principalmente el propósito y el plan de nuestra Revista para el año en curso, como ya anunciamos oportunamente.

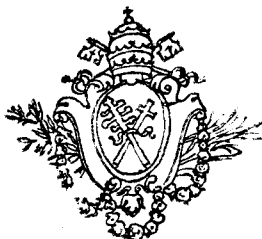
Cúmplese este año **el centenario** del advenimiento de Pío IX al Pontificado. Hablamos de centenario, y esta palabra ha surgido repetidamente en nuestros comentarios de los últimos números. Precisamente hace cien años ocurrieron en Europa, y sobre todo en Italia, sucesos de una importancia decisiva que adquieren en nuestros días un carácter de actualidad significativa.

En el presente número enlazamos el tema que nos ha ocupado ya algunos números:—el Pontificado de Gregorio XVI y la grave situación planteada por la Revolución—, con el tema que vamos a desarrollar en adelante: el fecundísimo Reinado de Pío IX.

El **Editorial** que lleva por título: **Otra vez cien años**, se propone sacar consecuencias aleccionadoras de aquellos sucesos.

Siguen los artículos: **El sucesor de Gregorio XVI**, por F. S.—J. M. (págs. 254 a 256); **¡Viva Pío IX!**, por Luis Creus Vidal (págs. 257 a 259); **Del Hosanna al Crucifige**, por Domingo Sanmartí Font (págs. 260 a 262); **Saboya-Carignano**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 262 a 264); **Pax Romana**, por el Dr. Jorge Kibedi (págs. 265 a 267); **Los reyes católicos**, por Fraxinus Excelsior (págs. 267 y 268); **Noticiario quincenal** (pág. 268).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday.



Construcciones
Montsech

CEMENTO ARMADO
CONSTRUCCIONES
EN GENERAL

Torrente Capó, 18
HOSPITALET DE LLOBREGAT
(Barcelona)

MUEBLES AUXILIARES

Ramón García-Lienfuegos

Puigmartí, 24, interior - Teléf. 77085 - BARCELONA



UNA SOLA FRICCIÓN EXTERMINA
EN EL ACTO TODA CLASE DE PARASITOS

"The Standard"

PERIODICO CATOLICO IRLANDES

Pearse Street
DUBLIN

LOS LABORATORIOS

URODONAL

ESPECIFICO DEL REUMA

para ilustrar al lector sobre los regímenes de vida más adecuados para conservar la salud, ponen a su disposición una obra a elegir de la Colección.

"CONSEJOS DE SALUD"

que puede obtener gratuitamente enviando este vale, o escribiendo citando esta Revista a Ediciones de Divulgación, Apartado 718, Barcelona.

V A L E

para recibir gratuitamente una de las obras indicadas a continuación (señálese en el círculo la que más interese).

TITULOS

- ⊙ Combata sus dolores reumáticos y neurálgicos.
- ⊙ La obesidad no es sólo una grave molestia, sino un síntoma de falta de salud.
- ⊙ Asegúrese una vejez feliz, libre de achaques y molestias.
- ⊙ Manténgase activo y con energías para el trabajo.
- ⊙ Defienda su juventud.

Nombre y apellidos

Profesión Edad

Calle

Población y Provincia

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCION:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 ..

Número ordinario: 2'50 ptas.

CRISTIANDAD

NÚMERO 55 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22446
BARCELONA

1 Julio de 1946

Cruz, 1.º - Teléfono 25075
MADRID

OTRA VEZ CIEN AÑOS

Puede pensar el lector que hemos cogido como tópico la idea de los centenarios y que no sabemos salirnos de ella. Le aseguramos que no es así; no somos nosotros quienes nos empeñamos en circunscribirnos a conmemoración de hechos de los que pasara un siglo, son los propios hechos los que nos convocan, incitan y casi imponen el que nos ocupemos de los mismos.

Al atardecer del día 16 de junio de 1846, era elegido Papa con el nombre de Pío IX, aquel dulce varón humilde, afable y bondadoso, hasta entonces conocido como el Cardenal Mastai-Ferretti. Para ese Pontificado reservó Dios una de las épocas más duras y difíciles de la historia de la Iglesia.

La revolución, impulsada por las sectas y externamente capitaneada por Mazzini, motivó el destronamiento, en su Poder temporal, de este Pontífice, que hubo de huir a Gaeta, y poco después, la proclamación de la república romana, por Garibaldi, junto con el ya citado revolucionario Mazzini.

En la tarde del 16 de junio de 1946, los mismos símbolos de aquellas fuerzas destructoras han pasado triunfantes por las calles de Roma. La bandera de la república instaurada por Mazzini en los Estados Pontificios fué izada en el Capitolio a los acordes del himno garibaldino, luego de ser conducida triunfalmente por veteranos "camisas rojas". El Palacio que por aquel entonces hubiera de abandonar Pío IX, hace pocos días ha debido ser dejado por el descendiente del expoliador.

Mas no se crea que es sólo ese aspecto episódico el que nos mueve a recordar pasados fastos y a afirmar, como venimos afirmando, su trascendente actualidad.

Es cuestión de más fondo. Interesantísimo reinado el de Pío IX, lleno para nosotros de enseñanzas y posibles consideraciones. Ante todo nos muestra, y de ello queremos hacer especial mención, cómo sucede, las más de las veces, que las actitudes del Sumo Pontífice, son interpretadas y traducidas demasiado a la ligera por los mismos católicos.

Empiezan por no ver que muchas veces son ellos mismos causantes de tales actitudes. Padre inspirado en el dulce amor espiritual, si ve que sus propios hijos son los primeros en desear cosas que ciegamente juzgan de su conveniencia, no tratándose de aspectos esenciales en los que su actitud tiene que ser inflexible, se adapta y concede; si los inmediatos beneficiarios de sus actos, se empeñan en que sean las cosas a medida de su criterio, no ha de ser él quien se lo niegue.

Acosado por las potencias, a través del célebre Memorándum de 1831, y más particularmente por las manifiestas ansias de elementos más influyentes del pueblo romano, Pío IX se muestra condescendiente, admite y otorga, primero un poco y luego otro, hasta llegar el momento en que ya no puede ceder más. La benevolente transigencia con lo reiteradamente pedido se interpreta como cualidad personal del nuevo Papa, a quien se le designa con el adjetivo de liberal; con gran ligereza se juzga esencia interna lo que sólo es forma externa. Hasta que luego tiene que sobrevenir la indiscutible manifestación del espíritu auténtico de ese gran Pontífice autor del Syllabus, destruyendo así los ligeros juicios.

Procuremos captar la lección que se deduce de esos hechos para comprender la necesidad de estudiar con más detenimiento las decisiones pontificias, antes de considerarnos sabedores de la razón de las mismas.



El sucesor de Gregorio XVI

Muerte de Gregorio XVI

Duro y difícil pontificado el de Gregorio XVI. Persona de corazón bondadoso y de destacada afabilidad, por fuerza de las circunstancias hubo de pasar tenido por riguroso e inflexible. Mas si entonces pudo creerse así, hoy día, con la perspectiva de cien años de distancia se juzga de muy diferente manera.

Caracteriza la época en que reinó la turbulencia constante y causada por la provocadora y revolucionaria actitud de las sectas, cuya actividad se manifestaba en forma de pronunciamientos en demanda de libertades primero, y luego de nuevas constituciones políticas.

Como ya venimos exponiendo en números anteriores, de entre todas las fuerzas subversivas destaca entonces la llamada secta de los Carbonarios. No entramos a detallar aspectos de su labor, pues eso es tema de otros números. Su osadía en los ataques fué singular y descarada durante los quince años de este pontificado; por ello, convencido plenamente de todo el fondo de malicia y el ánimo destructor que se podía apreciar en sus actitudes, pese a posibles disfraces con aspecto de bien, este Papa no dudó en oponerse decididamente a sus malévolas aspiraciones. Es por ello, por su justa intransigencia que se le calificara de monarca riguroso e inflexible. El tiempo y los hechos dieron sobrada razón a su actitud, pues como hemos de ver, y de ahí la gran conexión entre este reinado y el de su sucesor Pío IX, el ánimo propicio de éste para la condescendencia, su buen deseo de transigir, hubieron de llevarle a las amarguísimas circunstancias que culminaron con su destierro.

El punto medular de los ataques carbonarios era la Sede de Pedro; como en su aspecto espiritual era todavía grande su fuerza, creyeron la debilitarían, facilitando su derrocamiento, al privarla del dominio terrenal. Y así surge ese pensamiento unificador; así se crea, se difunde y hasta se arraiga en cierto modo, esa conciencia de unidad nacional y esa ansia consiguiente de su realización. El incendio más voraz puede tener comienzo con la más leve chispa, si se le aviva convenientemente. De ese modo, en poco tiempo, transformada la idea derrocadora en espíritu unificador nacional, éste crece y se agranda hasta lograr la fuerza necesaria para la transformación.

El "*Patto Nazionale*" difundido y preparado por los carbonarios, preveía el fin de todas las dinastías reinantes en la península y la constitución de una república libre italiana que recibiría el nombre de Ausonia. Pero la Providencia no se obliga por ningún pacto, y así resultó que la proyectada y deseada unidad sólo se llegó a conseguir por medio de la Monarquía, que ahora precisamente acaba de finir, dando paso a la primera república italiana, que nace en medio de fuertes vientos de separatismo y escisión. La Santa Sede fué privada de su poder temporal, pero erraron quienes creyeron que ello hubiera de debilitar su preponderancia, pues hoy, al cabo de los años, se mantiene más fuerte, segura y respetada que nunca.

Pocos días antes de su muerte, Gregorio XVI, decía al historiador Cretineau-Joly: "No tengo más que contados días de vida. El estado de Europa y el de Italia, en particular, no me permiten esperar para el futuro Papa un reinado más pacífico que el actual pontificado. Soplan vientos de tempestades y revoluciones que no tardarán en estallar..."

Grandiosa visión profética la de este Pontífice. A poco cayó enfermo, y, en la misma cama, dura y humilde, que siempre usara, luego de recibir los Sacramentos, entregó su

alma a Dios. Dos años después estallaban las revoluciones previstas y, cual predijera, el reinado de su sucesor Pío IX, fué ciertamente de los menos pacíficos con que cuenta la historia de la Iglesia.

Con razón podía decir el citado historiador que "el peligro y el mal estaban en todas partes y el remedio en ninguna... El ejército del desorden se recluta con todos los voluntarios de la anarquía, mientras Reyes y Príncipes, sumergidos en incurable estado letárgico, asisten mudos de terror, o de complicidad, al espectáculo de la descomposición social".

Conexión entre ambos pontificados

Bien puede apreciarse la estrecha relación que existe, a que ya nos refiriéramos (vid. núm. 52), entre el pontificado de Gregorio XVI y el de su sucesor. Ahora, al dedicar especialmente nuestra atención a la primera época del reinado de Pío IX, es natural que insistamos en ello.

La lucha que tuvieron que sostener los dos Pontífices en defensa de la autoridad y prerrogativas del Papado se desarrolló en idéntico campo de batalla, y aun cuando el segundo empleó al principio de su gobierno una táctica nueva, orientada a dominar el ímpetu revolucionario por la clemencia y benignidad dimanantes de su corazón paternal, en el fondo es patente la unidad de criterio, incluso durante esta citada primera etapa que hoy especialmente estudiamos. Buena prueba de ello, y resumen, cual si dijéramos, de todo este período, es la Alocución que, a modo de testamento anticipado de un Príncipe que se apresta al martirio, dirigió Pío IX al Sacro Colegio reunido en el Consistorio de 29 de abril de 1848, cuando ya el incendio devoraba toda Italia, de la que son los siguientes párrafos:

"Más de una vez, venerables hermanos, hemos protestado entre vosotros contra la audacia de algunos hombres que no vacilan en inferir a Nos y a la Sede Apostólica la injuria de decir que nos hemos separado, no sólo de las instituciones de nuestros predecesores, sino también (¡horrible blasfemia!) de variar puntos capitales de la Iglesia. Aún hoy, los hay que hablan de Nos como si fuéramos el principal promovedor de los públicos trastornos que en estos tiempos nuestros han conmovido a distintas regiones de Europa y en especial de Italia..."

"Bien sabéis, venerables hermanos, que ya a fines del reinado de Pío VII, nuestro predecesor, los principales soberanos de Europa insinuaron a la Sede Apostólica la conveniencia de adoptar en la administración de los asuntos civiles un sistema de gobierno más sencillo y conforme a los deseos de los seglares. Tiempo después, en 1831, los consejos y aspiraciones de los mismos soberanos fueron con mayor solemnidad expresados en el famoso "memorándum" que los emperadores de Austria y Rusia, el rey de los franceses, la reina de la Gran Bretaña y el rey de Prusia consideraron haber de remitir a Roma por medio de sus embajadores, y en cuyo escrito tratóse entre otras cosas de convocar en Roma una consulta de estado formada con intervención de todo el estado pontificio, de dar a las municipalidades nueva y amplia organización, de establecer consejos provinciales y otras instituciones tan favorables como ésta para la prosperidad común, y de admitir a los seglares a todos los em-



pleos de la administración pública y del orden judicial, puntos los dos últimos presentados como principios "vitales" de gobierno. Además de esto otras notas de los mismos embajadores hacían mención de una lata amnistía que habría de otorgarse a todos o a casi todos los súbditos pontificios que faltaran a la fe debida a su soberano.

"Nadie ignora que algunas de esas reformas fueron realizadas por nuestro predecesor el Papa Gregorio XVI y que otras fueron prometidas en edictos expedidos por orden suya en el mismo año 1831; pero esos beneficios de nuestro predecesor no fueron considerados del todo suficientes por los soberanos, ni bastaron, al parecer, para afianzar la tranquilidad y el bienestar en todos los ángulos de los estados temporales de la Santa Sede.

"Por esto desde el primer día en que por los juicios impenetrables de Dios fuimos elevados al lugar suyo, Nos, sin ser a ello inducido por exhortaciones ni consejos de nadie, sino únicamente movido por el ardiente amor que profesamos al pueblo sometido a la dominación temporal de la Iglesia, otorgamos aún más amplio perdón a aquéllos que se habían apartado de la fidelidad debida al soberano, esto es, al gobierno pontificio, y nos apresuramos a establecer algunas instituciones que en nuestro sentir habían de favorecer la prosperidad del mismo pueblo, estando tales actos de los primeros días de nuestro Pontificado en un todo conformes con los que tanto desearan los soberanos de Europa.

"Luego que con el auxilio de Dios hubiéronse

realizado nuestros pensamientos, manifestáronse poseídos de tanto alborozo y nos rodearon de tantos testimonios de gratitud y respeto los súbditos nuestros y los pueblos inmediatos, que hubimos de esforzarnos en contener dentro de justos límites en esta ciudad santa las aclamaciones populares, así como los aplausos y las reuniones sobremanera entusiastas de la población.

"Pero sabidos son los trastornos políticos de los pueblos italianos, y nadie ignora los demás sucesos que habían acaecido o que se verificaron después ya en Italia, ya más allá de sus fronteras. Y si alguien quiere suponer que tales sucesos nacieron en cierto modo de las disposiciones que nos sugirieron al principio de nuestro Pontificado nuestra benevolencia y nuestro amor, no podrá en verdad de modo alguno imputárnoslos como delitos, por cuanto sólo hicimos lo que así Nos como los príncipes susodichos consideramos conveniente para la prosperidad de nuestros súbditos temporales. En cuanto a aquellos que en nuestros propios estados han abusado de nuestros beneficios, de todo corazón los perdonamos a ejemplo del divino Príncipe de los pastores, y con amor los llamamos a más sanos pensamientos, suplicando ardentemente a Dios, padre de misericordia, que con clemencia aparte de sus frentes las penas a los ingratos reservadas".

Estas palabras en boca de un Papa, cuya nobleza de corazón y sinceridad en todos sus actos son tan conocidos, constituyen justificación suficiente de su actitud en los primeros tiempos de su Pontificado, la que, como él mismo indica, deriva en buena parte de la taciturnidad adoptada por los Estados europeos, incluso por los que eran hijos de la Iglesia por él representada, acuciándole para que diera entrada en el aprisco a los lobos merodeantes, cuidadosamente disfrazados, como en la fábula, de mansos corderos.

No queremos extendernos en estas consideraciones por ser objeto de otro artículo en este número. Para completar la presentación del sucesor de Gregorio XVI, veamos algunos datos relacionados con su elección.

Elección de Pío IX

Huelga insistir sobre cuál no sería la expectación que produjera la celebración del Cónclave de 13 de junio de 1846, que había de elegir al nuevo Papa. Todos esperaban ver qué rumbo tomaría el gobierno de los Estados Pontificios, en su futura cabeza, ante las apremiantes exigencias del pueblo revolucionario.

En las Legaciones, primero en Bolonia, y luego en Ferrara, Forlì y Rávena, se trató de forzar la decisión del Cónclave por medio de pliegos de firmas e instancias redactadas y firmadas por los liberales más prominentes; no era sólo el pueblo ignorante el que instaba; con poca visión, en el memorial de Bolonia, por ejemplo, de unas 1.700 firmas, la inmensa mayoría procedían de los estudiantes de la Universidad y personas nobles y adineradas.

El espíritu de estos documentos, a los que se pretendía dar aires de manifestación popular, no podía ser más artificioso. Todos, luego de frases tan humildes como ambiguas, exponían las mismas pretensiones, basándose en idénticos razonamientos. Lo que con más insistencia se demandaba, era la petición final para que se otorgase el perdón a los reos políticos presos o desterrados y el establecimiento de Diputaciones provinciales encargadas de expresar al gobierno los deseos del pueblo.

La duración del Cónclave fué muy breve y por ello no hubo tiempo de que todas estas peticiones, precursoras de mayores turbulencias, llegasen a poder del Cardenal Ca-

marlengo, a quien correspondía recibirlas antes de que se nombrase Papa.

Cuando Gregorio XVI dejó vacante la Sede Apostólica, el Sacro Colegio se componía de 62 Cardenales, de los que unos 30 tenían cargo y residencia en Roma, 17 ocupaban puestos en los dominios pontificios, 8 eran metropolitanos en el resto de Italia, tres en Francia, y uno en cada país católico de Austria, España, Portugal y Bélgica.

De ellos 54 solamente pudieron concurrir a la convocatoria para la elección del nuevo Pontífice. Todos estaban animados de un mismo sentimiento: el bien de la cristiandad y del Estado, prescindiendo de toda humana política o ambición, pese a que eran muchos los que por su fama y méritos relevantes eran designados como dignos de llevar la tiara. Esta, a causa de las calamidades de los tiempos, era considerada más bien como corona de espigas, incapaz, por tanto, de infundir deseos de llevarla, salvo el que aspirase a la gloria del martirio. Por eso bien puede decirse que si en los últimos tiempos hubo elección de Pontífice que fuese visiblemente guiada por el Espíritu Santo, sin duda lo fué ésta que estudiamos, que por su Gracia discurrió sin que mediasen debates ni intrigas de ninguna especie.

Iniciado el Cónclave el domingo 14 de junio, se consideraban como candidatos con mayores probabilidades a los Cardenales Lambruschini y Gizzi.

A propósito de este último refiere el historiador Ballerini que dentro del Palacio se buscaba por los custodios de los ornamentos sagrados un traje pontifical, propio para una persona de corta estatura, traje que debía estar preparado junto con otros dos, uno de estatura mediana y otro mayor. Bastó esto para que todas las conjeturas se refiriesen al Cardenal Gizzi, por ser de pequeña estatura, y para que, como sucede con alguna frecuencia en casos semejantes, pasando el dicho de boca en boca tomase tales visos de verdad, que en poco tiempo era creencia general en Roma que Gizzi había sido electo Papa. Sus familiares prepararon festejos y hasta hubo quien trató de enviar un correo a Ceccano, patria del mencionado Cardenal, para que llevase la noticia.

Nadie había pensado en el Cardenal Mastai-Ferretti hasta entonces, pero luego de las primeras reuniones, su aspecto dulce y el ambiente de modestia y de piedad que emanaba de toda su persona cautivaron a la augusta asamblea. El Cardenal Príncipe Luis Altieri, Obispo de Albano, propuso formalmente su candidatura.

Hechos los escrutinios en las tres primeras votaciones, pudo observarse el creciente número de votos a su favor, siendo 34 el número necesario para ser elegido. Acercábase el desenlace, y era grande la emoción.

Al reunirse por cuarta vez para votar, se observó que varios cardenales tenían cierta expresión de alegría en el semblante, que no era la ordinaria, cual si presagiaran que aquella iba a ser la última votación. Como escrutadores habían sido designados los cardenales Mastai, Luis Bannicelli Casoni y Adriano Fieschi.

Se procedió seguidamente a escribir y depositar las papeletas en el cáliz destinado a recibirlas. Los votos de los enfermos, recogidos con las formalidades de costumbre, se reunieron a los demás; reinó un silencio solemne y comenzó el escrutinio.

El cardenal Mastai leyó su nombre en la primera papeleta; luego en la segunda, la tercera y así hasta la décimo-séptima, sin interrupción. Su mano temblaba al recibir la décimo-octava, en que leyó también su nombre y la vista se le oscureció. Rogó al Cónclave, en vista de ello, que, compadecido de su turbación, encargase a algún otro de la continuación del escrutinio. Olvidaba, por ventura voluntariamente, que, según los reglamentos, un escrutinio de esa suerte interrumpido, hubiera producido la nulidad de la elección.

—Descansad; tomaos tiempo—le dijeron todos sus colegas.

Los más jóvenes le rodearon y le invitaron a que se sentara; uno le ofreció un vaso de agua. Sentóse y permaneció algún tiempo tembloroso, mudo e inmóvil. No veía ni oía, y dos hilos de lágrimas corrían por sus mejillas.

Al cabo de breve rato se levantó y volvió a la mesa sostenido por otros dos cardenales. El escrutinio terminó lentamente y a la última papeleta había leído el escrutador treinta y seis veces su nombre. Pusiéronse al punto en pie todos los cardenales y una sola voz resonó en la bóveda de la capilla paulina: el Sacro Colegio confirmaba por aclamación el resultado del escrutinio. Cayeron todos los baldaquinos colocados sobre el sitial de cada uno de los cardenales en señal de soberanía, quedando únicamente el del recién electo, el cual, bañado en lágrimas, se retiró y, postrado en tierra humildemente, se puso a orar.

Acercóse el subdecano del Sacro Colegio para preguntarle si aceptaba la elección. Mastai respondió que se sometía a la voluntad del cielo y que tomaba el nombre de Pío IX.

Cuando se halló solo escribió a sus hermanos, que se hallaban en Sinigaglia, la emocionante carta que transcribimos a continuación:

“Roma, 16 de Junio, a las once y 45 minutos de la noche. El buen Dios, que humilla y ensalza, se ha dignado elevarme desde la nada a la más sublime de las dignidades humanas. ¡Hágase por siempre su voluntad santísima! Siento la inmensa pesadumbre de semejante carga; y conozco también la extremada insuficiencia, por no decir nulidad, de mis fuerzas. Gran razón para orar. Y vosotros, también rogad por mí.—El Cónclave ha durado cuarenta y ocho horas.—Si esa ciudad quiere hacer con este motivo alguna demostración pública, procurad dirigirla; porque mi mayor deseo es que la cantidad que se haya de gastar en ello, se emplee en algún objeto de utilidad general: el que mejor parezca a los jefes de la ciudad. En cuanto a vosotros, mis queridos hermanos, os abrazo con todo mi corazón en Jesucristo. En vez de alegraros, tened compasión de vuestro hermano, que da a todos sus bendición apostólica.”

Epílogo

A través de su carrera de presbítero, obispo, cardenal y Papa, conservó Pío IX aquel candor de su juventud y aquella pureza de espíritu, privilegio feliz de algunos predestinados. Su vida, antes de la elección para la Sede Pontificia, había transcurrido en la Umbría o en las Legaciones, donde había estudiado sus necesidades, conocido sus tendencias y apreciado sus deseos. Confidente del dolor de las madres de los proscritos, había llorado con ellas. Impregnado, casi a su pesar de esta atmósfera de reformas políticas y civiles que se respiraba en las provincias principalmente desde que el Memorándum de 1831 se había convertido en máquina de guerra, creía que la invariabilidad no es la única condición de un Gobierno prudente. La dificultad había llegado al punto que tan sagazmente describe Mirabeau cuando dice: “No es posible imaginarse poder salir de un gran peligro sin peligro, y todo el esfuerzo de los estadistas debe orientarse a preparar, temperar, dirigir y limitar la crisis y no a impedir que se produzca, lo que es enteramente imposible, ni aún a evitarla, lo que no serviría más que para hacerla más violenta.” (“Correspondance avec le Comte de Le Marck”).

Los cardenales Bernetti y Lambruschini, representantes y solidarios de la política de Gregorio XVI, creían y decían que la indulgencia debía suceder a la justicia. Pío IX, como César, según testimonio de Plinio, “fué clemente hasta tener que arrepentirse”.

F. S. - J. M.

¡Viva Pío IX!

¡Viva Pío IX!

Del nuov'anno gia l'alba primiera
Di Quirino la stirpe ridesta,
E l'invita alla Santa Bandiera
Che il Vicario di Cristo innalzò.

Esultate fratelli, accorrete;
Nuova gioia a noi tutti s'appresta;
All'Eterno preghiera porgete
Per quel Grande che pace donò.

Su rompete le vane dimore:
Tutti al Trono accorrete di Pio.
Di ciaccuno Egli regna nel core
Ei d'amore lo scetro impugnò.

Benedetto chi mai non dispera
Dell'aita suprema di Dio,
Benedetta la Santa Bandiera
Che il Vicario di Cristo innalzò.

Así cantaban, los de la gran mojiganga. Pese a lo crudo de la hora, antes de rayar el alba del primero de enero de 1847, seguían el Corso en toda su longitud para subir hacia la plaza de Monte Cavallo, precedidos de una banda militar compuesta de trescientos profesores, de treinta tambores y de un coro de más de mil quinientas voces. Así cantaban encabezando ingente muchedumbre que, gregaria, les seguía en aquella madrugada, como venía haciéndolo desde hacía medio año. Había sido el feliz receptor de los favores de Euterpe el mismísimo profesor a cuyo cargo corría la batuta y que presidía la manifestación: el maestro G. Magazzari y había recibido, no diremos ya el tibio hálito de Calíope, sino mejor el desatado vendaval de todas las Musas, soplando a la vez, el eximio poeta F. Meneci. Ambos escogidos de los dioses del Olimpo, mano a mano, habían compuesto el Himno cuyos acordes despertaban a los malhumorados y soñolientos descendientes de los quirites, entre aquella exhibición de banderas tricolores, aparato de escarapelas y de insignias de toda índole que, no por ser ya espectáculo casi cotidiano, despertaba menos recelos entre los fieles súbditos del que seis meses antes había sido elegido sucesor de Pedro, y que con el nombre de Pío, Papa IX, inauguraba el más largo de todos los pontificados, y que quizá había de ser, por lo menos en no pocos aspectos, el más doloroso de todos ellos.

¡Viva Pío IX! Resonaba repetidamente, como decimos, y con insistencia harto sospechosa, este grito, en todos los ámbitos de la Ciudad Eterna desde el 16 de junio de 1846, día de la elección pontificia, y, sobre todo, desde aquel atardecer del 17 de julio, en que, sólo un mes más tarde, el compasivo corazón del nuevo Pontífice había decretado una amnistía general que abría de nuevo patria y hogares a no pocos elementos revolucionarios que, con gran justicia, el anterior gobierno del Pontífice Gregorio XVI se había visto obligado a exiliar. Muy generosa aquella medida, y, sobre todo, muy cristiana. Y nada opuesta a la política del recién fallecido anterior Papa, como alguno, con aviesa intención, ha querido presentar, sino, simplemente, hija de la clemencia que es natural en el que es Padre de todos. Porque el que perdonaba —como el que había antes debido castigar— no era Pío, ni Gregorio. Era, como acabamos de decir, el Pa-

dre. Era el Vicario de Dios, que por medio de la providencial Institución pontificia, se perpetúa sobre la tierra, en la ininterrumpida cadena de los sucesores de Pedro, entonces aún Jefes de los Estados temporales de la Iglesia.

Pero todas las medidas del Padre, precisamente por venir de donde vienen, tienen, siempre, esta peligrosa característica, que es, sin embargo, su más preciada ejecutoria: la generosidad, inmensa, sin límites. Que se presta, a veces, por esto mismo, al abuso. Y esto es lo que ocurría.

Al amparo de aquéllas, inevitablemente, habían regresado a los Estados de la Iglesia no escaso número de pícaros y malandrines, instrumentos de la Secta en perpetua conspiración. Instrumentos de las Tinieblas que sentían llegada su gran hora, y que llevaban su audacia hasta el propio y cínico intento de jugar con el corazón inmenso del nuevo Pontífice para utilizarlo para sus fines protervos. Intento del que la gran mojiganga de primero de año no era sino uno de tantos actos del drama iniciado meses antes, el 17 de julio de 1846.

«Viva il nostro buon Pío IX! Viva il padre del popolo!»

¡Qué tarde aquella otra, la del 17 de julio! El pueblo romano había sido sorprendido por los carteles de anuncio de la gran amnistía que, inesperadamente, acababa de ser concedida. Pocas horas bastaron para preparar una —que fué la primera— colosal manifestación de gracias y homenaje. A las 9, la plaza de Monte Cavallo, ante el Quirinal, resplandecía. Miriadas y miriadas de antorchas, millares y millares de espontáneos, que, como una riada imponente, oleada tras oleada, rompían ante los severos muros del gran Palacio. “¡Gracias, Padre Santo, gracias! ¡Tu pueblo te lo agradecerá! ¡Has hecho una grande y excelente cosa!” A la primera manifestación sucedió otra todavía mayor a las 10 de la noche. Y otra a las 11. Y otra, y otra aún. Cada vez era el Papa requerido a asomarse al balcón central. Cada vez era mayor el espectáculo —improvisado como por arte de magia— de luces, de estandartes y de toda suerte de señales del entusiasmo que embargaba la Urbe. “Sería preciso ser un monstruo para no corresponder al amor de este pueblo”, comentaba, conmovido, el magnánimo Pontífice.

Sí. Y hasta aquí todo era legítimo. Mas, como hemos dicho antes, desde entonces el entusiasmo venía ya repitiendo sus manifestaciones con excesiva insistencia. Demasiada, para ser natural. Ya cuarenta y ocho horas después, el día 19 del mismo julio, regresando el Papa de la iglesia de San Vicente de Paúl, sufrió la primera de aquellas chabacanas ovaciones que debían ir repitiéndose machaconamente. Y hubo de presenciar, también por vez primera, la aparición de las banderas tricolores, estropeado símbolo que las hordas napoleónicas habían tiempo ha ostentado como emblema de la Revolución, y que nada menos se agitaba ahora —hasta llegar luego a su consagración definitiva— como bandera nacional de la península, representativa al mismo tiempo de anhelos unitarios que de libertinaje. Dejemos a la donosa juma de un historiador contemporáneo describir la pericia: “...Al llegar a la Plaza Colonna, le fué imposible al Papa pasar adelante, pues hallóse interceptado el paso por multitud de jóvenes arrodillados que pedían permiso para desuncir los caballos y llevar en hombros la pesada carroza

del Papa. El bondadoso Pío IX quería evitar este homenaje que le repugnaba y gritaba a los más resueltos: "¡Hijos míos, sois hombres!" Mas ya era inútil, pues el carruaje, sostenido por centenares de vigorosos brazos, emprendía nuevamente la marcha a Monte Cavallo..." Aquella misma tarde el Pontífice, de su peculio, liberó a no pocos presos que lo estaban por deudas. Mas también ya en aquel día 19 el buen Pontífice debía comenzar a advertir cómo, con astucia serpentina, aquel reptil que había de enroscarse solapadamente alrededor de la Península, iba tejiendo la red en la que habían de quedar aprisionados tantos incautos. Y quizá adivinó —¿no fué profética, a veces, la intuición de Pío IX?— que en su Pontificado, del que cumple exactamente ahora el siglo, por permisión de la Providencia, se iniciaba una nueva Era de la Historia, llamada a grandes y temerosos destinos...

«Scuoti, o Roma, la polvere indegna»...

Medio año, como llevamos dicho, de entusiasmo y de aclamaciones. Mucho tiempo éste, para corresponder a una auténtica sinceridad. Ciertamente que las constantes medidas del Pontífice, en el sentido, no ya solamente de mejorar la administración de sus Estados, sino de adaptarla al modo de ser de los tiempos modernos, justificaban, hasta cierto punto, la sucesiva repetición de tales explosiones. Pero éstas ya comenzaban a ser sospechosas en pueblo tan poco constante en sus entusiasmos cual es el Lazio. Aquella que hemos señalado al principio de este artículo, celebrada tan a deshora en la madrugada del primero de año, había sido significativa sobre todas...

Más significativa, empero, si cabe, fué la que se celebró al llegar el primer Aniversario de la elección del Papa. Sterbini, desde su periódico "El Contemporáneo", uno de los más redomados conspiradores de su época, aprovechó la circunstancia para sustituir el himno de Pío IX por una cantata en honor de la joven Italia: el mismo Magazzarri subió otra vez en delegación a los palacios de las Musas, descendiendo ufano con las notas de la que fué llamada la "Marsellesa de Italia". "Scuoti, o Roma, la polvere indegna..." Era su primera estrofa. Sacude, ¡oh Roma!, el vergonzoso polvo — ciñe tu frente de laurel y olivo — sean tus cantos cantos de alegría — brille de nuevo la aureola de tu gloria... El sonido de las guerreras trompetas — ha despertado a los descendientes de Quirino — saludemos la fraternal bandera — que ondea orgullosamente sobre el Tíber — Esta bandera permanecerá plegada — cerca del trofeo de Mario — y bajo las alas del águila altiva — que te espera en la roca Tarpeya — ¡Mas en los días de fatal peligro — desplegada la fraternal bandera — contra los furios de un pérfido destino — será la esperanza de Roma!"

Muy meridional. Y tartarinesco y musical también.

Pero aun en sus tartarinadas, las peripecias de nuestros pueblos latinos — mayormente del descendiente del que fué Caput Mundi son trascendentales.

Y trágicas. Trágicas cuando es el sectarismo y la maldad quienes informan sus pintorescos colores.

Pío IX quizá hasta este momento — pero en este momento, lo sintió, a buen seguro — no llegó a percibir, en toda su profundidad, la inmensa tragedia que en la Historia iba a desarrollarse, al descender su telón su Pontificado. Roma quería "sacudir el polvo". Digámoslo de una vez: quería renegar del glorioso polvo que en el Anfiteatro había recibido los cuerpos de los mártires.

Mazzini ya era el dueño de la red secreta que la gigante araña masónica iba urdiendo en la urbe. A su conjuro, comienzan entonces ya a sucederse, en progresión vertiginosa, los acontecimientos. De claudicación en claudicación, todos cuantos debían rodear y apoyar al Pontífice, le obligan, por el contrario, a ceder terreno, y la formación de una Guardia Cívica — ¡una "milicia" más, siempre estas eternas "mili-

cias"! — fué señal y símbolo de la tempestad que ya amagaba.

Bullía el Corso, centro y corazón entonces, de la Italia toda. Y personificaba el momento aquel despreciable y simbólico napoleónida, príncipe de Canino, que, con toda su familia "parvenue" y revolucionaria "pagaba", como los cuervos pagan, a los Pontífices su hospitalidad. Y, en toda Europa, entre tanto, los tronos bamboleaban ante el terremoto.

Ciceruacchio

¡Bien llevado este "tinglado de la antigua farsa"! ¡Y bien sabían los que desde la oscuridad llevaban las riendas escoger sus tartarines y sus monigotes de feria!

Brilla desde este momento el de más entidad, por lo menos física, de todos, el ínclito y nunca bastante ponderado Angelo Brunetti, el cual ha pasado a la posteridad como Ciceruacchio según unos — por creerlo en su oratoria, nada menos que el propio Cicerón reencarnado — o como Ciceruacchio, según otros, en razón a sus no menos tribunicias mofletudas mejillas. "Carrettiere", chalán, mercader de vinos y de forraje, sintió un día hervir en sus venas la sangre de Horacios y Curiaecos, lanzándose, al imperativo de los manes de la Loba, con sus honoríficas insignias cívicas, su levita y su sombrero gris, a las refriegas del foro y hasta a sus palos y a sus bofetadas.

"Santo varón, le dijo un día el Cardenal Altieri, después de persuadirle diplomáticamente sobre la conveniencia de retirar nada menos que catorce estandartes que promovían otros tantos diarios apaleos, santo varón ¿no teméis ser el bobalicón de los hombres que se sirven de vos como de un instrumento? ¿No conocéis por ventura que los proyectos de tales hombres conducen inevitablemente a la ruina y a la desgracia de la patria? Vos habéis nacido para ser hombre de bien, para vivir como buen padre de familia, y no para ser un intrigante, un ambicioso, un revolucionario".

"—Vuestra Eminencia tal vez tiene razón, le contestó el glorioso tribuno, y por lo tanto estoy firmemente resuelto a volver a entrar en la vida privada, desde el momento que los austriacos sean expulsados de Italia y los Jesuitas de los Estado Romanos".

"—¿Qué son los jesuitas, y qué es lo que han hecho para ser desterrados de esta suerte, de su país?, le preguntó Su Eminencia".

"—Lo ignoro, replicó el quírite. No les conozco, pero me han dicho que eran los enemigos de Pío IX y los tiranos del pueblo".

Ciceruacchio encarna su tiempo.

Mas no solamente eran príncipes de Canino y Ciceruacchios los que moraban entonces en Roma.

Moraba otro.

El Embajador de su Graciosa Majestad

"Gentleman", elegante, rubio, lord Mintho, Embajador de su Graciosa Majestad, debía ser bastante desgraciado... Aristócrata del Támesis, es de pensar que tan sólo por el imperativo deber de servir a su País podía haberse resignado a abandonar la brumosa cabeza del Mundo de su época, para ir a morar entre la "clerigalla papista". Quizá por esta razón frecuentaba tan poco los centros cardenalicios y olvidaba el camino del Quirinal. Ni siquiera los museos que guardan las inmortales obras legadas por los genios de Rafael y Miguel Angel parecían poder con el "spleen" nórdico del elegantísimo lord, trasladado, por lo visto, a un mundo inferior a su personal categoría...

Quizá para consolarse de esto, Lord Mintho, rubio y nobilísimo Embajador de su Graciosa Majestad, frecuentaba el Club Sterbini, y admitía que voces avinagradas le obsesquiasen diariamente con el "God save the Queen", como no

retiraba su mano cuando, tras el optimismo de rudo copeo, le alargaba la suya el vinatero y chalán Angelo Brunetti, alias Ciceruacchio...

«Non posso, non debbo, non voglio!!!»

El establecimiento de la Consulta, y de otras diversas instituciones, tan mal comprendidas y agradecidas por el populacho y por la revolución, no arrastraron, sin embargo, a Pío IX más allá de donde su calidad de Pastor Supremo, y su dignidad de Príncipe temporal, exigían.

Año y medio después de estos sucesos, la Tempestad ya rugía.

Contra ella se enfrenta ya, no sólo el Pastor, no sólo el Príncipe, sino también el hombre.

Gallardamente, desde el balcón del Quirinal, recoge el guante, y establece un límite a sus concesiones paternas. Ante la fiera que le exige más y más, con una mirada de suprema majestad, exclama:

“Non posso, non debbo, non voglio!”

Y la serpiente comprende que ya ha pasado la hora de la comedia, y que ya es inútil seguir gritando “¡Viva Pío IX!”. Ha llegado la hora de la lucha. De una lucha que, repitémoslo, pues la efeméride pesa, pues la efeméride no puede ser más viva ni más actual, cumple, hoy, el siglo.

El balcón del Quirinal

“Scuoti, o Roma, la polvere indegna...” hemos visto, rezaba el himno que no había tardado en resonar cabe las paredes del palacio Pontificio. “...Mas en los días de fatal peligro — desplegada la fraternal bandera — contra los furoros de un pérfido destino — será la esperanza de Roma”.

“Días de fatal peligro”... ¡Cuántos y cuántos no ha acarreado, desde entonces, su apostasía, a la Ciudad Eterna! Cuántos y cuántos no han presidido aquellos balcones del Quirinal que vieron entonces asomarse la blanca figura del dulce Pío IX, paternal y orante...

Aquellos balcones quedaron desiertos poco después, al haber de huir aquél. Volvieron a abrirse en ocasión de las gloriosas jornadas de la proclamación del Dogma de la Inmaculada y del Concilio Vaticano. Y se cerraron de nuevo, esta vez para siempre, para sus legítimos poseedores, en 1870. El rey piomontés, usurpador, había coronado la unidad italiana, y moraba en el Palacio de los Papas, mientras éstos quedaban encerrados en el otro, en el Vaticano. Una madrugada, empero, volvió a abrirse el balcón. Soplabla el “sirocco”. Víctor Manuel II dormía siempre desasosegado. Le oprimían aquellas paredes: añoraba las de su viejo caserón de Turín, donde su conciencia, por lo menos, no sentía el peso de sus losas. En el ahogo de su angustia, se asomó al balcón, y enfermó. “Povero Re!”, exclamó Pío IX, al proveer ansiosamente por la salud del alma del excomulgado. “Povero Re!” No aprovecharán tales ganancias a su dinastía. Y tales palabras fueron proféticas. Su hijo, Humberto I, murió asesinado. Su nieto...

El reinado de su nieto fué perpetuamente agitado. Hasta que, para sostenerse, pasada la I gran Guerra, tras la llamada victoria mutilada, hubo de resignarse a cerrar su balcón, ya que se abría otro, sol naciente, en la plaza Venecia. Y de este otro balcón salió la única luz que alumbrara, siquiera momentáneamente, tantas tinieblas. Un día feliz, en un tercer Palacio —cabe a la que es cabeza de las Iglesias del Orbe— se celebró un Pacto que había de permitir, al fin, al soberano descansar tranquilo. El viejo Quirinal, Palacio de los Papas, era reconocido por legítima morada del Rey de Italia, y el pueblo podía, desde entonces, servir a su rey sin dejar de servir, a la vez, a su Dios.

¿Mas, esta Conciliación, fué realizada con la compunción que los pasados pecados, que la vieja expoliación perpetrada contra Pío IX merecía? Pío XI quiso creerlo así. Mas la Providencia habrá juzgado. Sea como sea, consecuencia tras consecuencia, aquella “bandera desplegada” del viejo himno de Magazzarri, continuaba —tras las odas d’Annunzianas y los símbolos fascistas— siendo simbolo de un paganismo renacido, que repugnaba la nueva y más feliz tradición, esta vez cristiana, de Roma. Quiso, tal como rezaba aquel himno, volver a los manes de Quirino y de Mario, y un pueblo débil, que sólo puede ser fuerte en su fe y en sus principios religiosos, sin basarse en ellos buscó, temerario, “días de fatal peligro”.

Y cayeron enormes bombas del cielo en el Campo Verano. “Scuoti, o Roma, la polvere”. ¡Sacude, oh Roma, el polvo de los bombardeos! podría, sarcásticamente, habersele dicho. Mas no se expresó así el nuevo Pío IX. Pío XII esta vez, corrió presuroso, tras las víctimas, manchó su blanca vesta en el reguero de la sangre común, y llegó a verse cómo, en 1943, los nietos de aquellos ciceruacchios ochocentistas habían de recurrir, en angustiosa demanda de protección, a la plaza de San Pedro...

Batidos por el incoherente oleaje de la gran catástrofe, de nuevo los balcones del Quirinal se hallan, hoy, cerrados. Cien años. Un siglo de desarrollo de la más fatal de las lógicas, aún en medio de las contradicciones aparentes del mar de la Historia...

* * *

En muchas grandes y pequeñas villas de Italia, que aún es corazón del mundo que late, hállase, frecuentemente en calles recoletas, esta inscripción, que suena, extraña, al viajero apresurado: “Vía Oporto”.

Allí, en Portugal, acabó sus días, tras la derrota de 1849, el primero de los soberanos piomonteses que soñara con la corona, grande, de Italia, y que su hijo había, por medios ilícitos, de conquistar. Un siglo después el mismo Portugal recibe en exilio, al biznieto de este último. Es una historia de cien años, íntimamente vinculada a la inmensa tragedia del mundo, la que acaba de representarse en el gran Teatro cuyos destinos, no obstante todos los pesares, la Providencia no ha abdicado. Es una historia que arranca precisamente de aquellos gritos de la turba: “¡Viva Pío IX!”

Luis Creus Vidal

Del Hosanna al Crucifige

LA SEMANA DE PASION DE PIO IX

Si alguna vez la Divina Providencia se manifestó claramente fué en el Conclave de 1846.

Era preciso que la Iglesia hiciera una verdadera y honda tentativa de asimilación de las tendencias modernas. Convenía, por tanto, que el Pontífice autor del "Syllabus", anatematizado por la posteridad como intolerante y oscurantista, el que había de condenar en la proposición 80 del "Syllabus", que "el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y la moderna civilización" procediera del que podríamos llamar campo liberal ("en casa Mastai-Ferretti hasta el gato es liberal", decía el férreo cardenal Lambruschini, Secretario de Estado de Gregorio XVI) para que no se pudiera dudar de la sinceridad y buena fe con que en los primeros años de su Pontificado hizo las tentativas de reconciliación y transigencia con el progreso, el liberalismo y la moderna civilización y por este camino llegar a un dolorosísimo fracaso que culmina con la huida del Papa a Gaeta para esquivar los puñales asesinos que le acechaban.

En "¡Viva Pío IX!" queda relatado lo que podríamos llamar período ascensional de la popularidad de Pío IX. Vamos a relatar el fracaso de su tentativa y su triste final.

Labor de las sociedades secretas

Los primeros truenos del temporal se oyeron ya después de la derrota de los cantones católicos de Suiza en 1847, la llamada guerra del Sonderbund. En Roma empezó la plebe excitada por muchos de los que se habían beneficiado con la amnistía, a manifestarse por las calles y plazas de la ciudad al grito de "¡Viva Pío IX!", "¡Viva la Confederación!", "¡Viva Suiza!", "¡Mueran los jesuitas!" y junto con la guerra a los jesuitas la campaña descarada y violentísima de descrédito contra toda personalidad que por su talento, energía u otras dotes pudiera hacer fracasar el empeño de las sectas.

Algunos años antes, en 1819, una instrucción de la Alta Venta, exponía todo un programa. Es muy interesante. "Con los cardenales antiguos y con los prelados de carácter y opinión decidida hay poco o nada que hacer: dejémosles, pues, que permanezcan incorregibles en la escuela de Consalvi, y en nuestros depósitos de popularidad o impopularidad busquemos las armas que deben hacer su autoridad útil o ridícula. Una expresión que el ingenio inventa y que se difunde entre algunas familias y escogidas para que de allí baje a los cafés y de los cafés a la calle puede, a veces, matar a un hombre. Al llegar a Roma algún prelado para ejercer un cargo público en provincias, averigüad sin pérdida de momento su genio, sus antecedentes, sus buenas cualidades y, sobre todo, sus defectos. Si es un enemigo declarado, como un Albani, un Pallotta, un Bernetti, un della Genga o un Rivarola, armad a su paso toda clase de lazos, formadle una de aquellas reputaciones que asustan a los niños y a las viejas, decid que es cruel y sanguinario, referid como propios suyos lances de encono y saña que puedan grabarse fácilmente en la memoria del pueblo, y cuando los periódicos extranjeros reproduzcan el relato y lo embellezcan a su vez por amor y respeto a la verdad, enseñad o mejor haced que los tontos respetables, cuyo número es muy crecido, enseñen aquí y allí el periódico en que se estampa el nombre y se relatan los imaginarios excesos del personaje. Italia, al

igual de Francia e Inglaterra, no ha de carecer de plumas que sepan empaparse en falsedades útiles a la buena causa, y con un periódico cuyo idioma no entiende, pero en él vea el nombre de su legado o juez, el público no necesita otras pruebas. Está ahora en la infancia del liberalismo y cree en los liberales como andando el tiempo creará en otras cosas y en diferentes hombres".

Consecuentes con esta táctica atacan furiosamente a los cardenales Lambruschini, Bernetti, Micara y a los más prestigiosos miembros del Sacro Colegio y de la Curia.

Las presiones populares y las manifestaciones para pedir nuevas reformas se suceden una tras otra. Los ministerios de Pío IX tienen corta duración. El populacho se desmanda cada vez más y se llega hasta el punto de que en una manifestación ante el Quirinal, cuando el Papa estaba a punto de bendecir a la multitud, uno de los conspiradores, Juan de Andreis, grita en alta voz: "Non vogliamo preti negli uffici".

La revolución de febrero

Cuando en febrero de 1848 estalló en Francia la revolución, los demagogos excitaron al populacho de Roma, el cual en diferentes manifestaciones recorrió las calles de la Ciudad Eterna, y a los gritos de "¡Viva Pío IX!", añadía los de "Abasso i ministri ecclesiastici!"

En una de las múltiples algaradas nocturnas, con antorchas, que se reunían con frecuencia en la plaza del Quirinal gritando y aplaudiendo hasta la aparición de Pío IX para darles la bendición, soplaban el viento de tal manera que lanzaba el humo de las antorchas al otro lado de la plaza, en donde vivía el Cardenal Lambruschini. Al darse cuenta de ello algunos exclamaron: "A cada cual lo que le corresponde. Al Papa la luz, a Lambruschini el humo", y empezaron a mezclarse los vivos al Papa con los mueras al Cardenal.

Para evitar mayores males, el 14 de marzo firmaba Pío IX el "Statuto fondamentale"; en el cual llama a dos Cámaras a tomar parte en el gobierno: una elegida por él y otra por el pueblo, reservándose, no obstante, el Pontífice, la sanción y promulgación de las leyes aprobadas. No tendrán jurisdicción en los asuntos eclesiásticos.

A pesar de todo la enemiga contra los jesuitas siguió creciendo, acusándoles de colaboracionistas con Austria. Algunos de ellos fueron asesinados en Piamonte, Sicilia y Nápoles, lo que llenó de entusiasmo a los romanos, y el ministro de policía, Galletti, uno de los conspiradores principales, informó al Papa, que no respondía de la vida de los jesuitas, por lo que Pío IX, por medio del Cardenal Castracane, aconsejó al general P. Roothan, abandonasen sus casas hasta que pasase la tormenta. El consejo fué seguido y casi todos salieron de sus conventos de los Estados Pontificios repartiéndose por otras partes.

La guerra con Austria

Pero lo que sirvió a maravilla a los conjurados en su lucha contra el Pontificado, fué la guerra de Austria. Desde hacía tiempo, exactamente desde después de Napoleón, agítase a la península el deseo de la Italia Unida. Austria, poseedora de importantes dominios en el Norte del país, que había intervenido repetidas veces para restablecer el orden

y perseguir a los patriotas, era particularmente odiada. El grito de "Morte ai Tedeschi" era tan frecuente como el de "Viva Pío IX".

Entre las nebulosas concepciones sobre el futuro reino unido de Italia, había una, preconizada por Gioberti, que quería hacer Rey de Italia al del Piamonte, dando al Papa una especie de presidencia de honor.

La revolución que se inició en febrero, en París, siguió en marzo en Viena, derribando al Príncipe de Metternich. Esto dió lugar a una violenta sublevación en Milán, donde el veterano Mariscal Radetzky se vió obligado a abandonar la ciudad, mientras Venecia izaba la bandera revolucionaria al grito de "¡Viva la República!, ¡Viva San Marcos!".

Por toda Italia se oía el antiguo grito de combate: "Fuori i barbari!". Carlos Alberto del Piamonte se decide a declarar la guerra al Austria.

Tumultos, presiones sobre el Papa

Roma hervía como un volcán. El agitador Ciceruacchio (llamado así por considerársele émulo de Cicerón en la elocuencia), empujó al pueblo al asalto de la Embajada de Austria. El Embajador, Conde von Lützow había hallado refugio en el Quirinal, pero los asaltantes gritando "Morte ai Tedeschi! Viva l'indipendenza italiana!", forzaron las puertas del palacio de Venecia (el posterior despacho oficial de Mussolini), destrozaron los muebles y ataron el escudo y la bandera de Austria a la cola de un asno. Lo pasearon por el Corso (actual Corso Umberto) hasta la plaza del Popolo y allí decidieron hacer una alegre fogata. Un émulo de Mirabeau arengó al pueblo. "¡Ojalá que el pueblo italiano, en su ira, pueda destruir al último bárbaro como el fuego destruirá los restos del signo de su dominación; ojalá el viento disperse sus cenizas como serán dispersadas las de este escudo!"

Alguien tuvo una luminosa idea. Puesto que el asno se había contaminado al estar en contacto su apéndice caudal con los odiados símbolos del poder austriaco, se podía evitar el contagio quemándolo juntamente con ellos. La sugestión pareció magnífica a todos los asaltantes, menos, naturalmente, al dueño del borrico, el cual se opuso a grandes gritos: "¿Qué hacéis, hermanos? ¡Si el asno es tan buen italiano como vosotros y como yo! ¡Viva Italia!" Y el momento se salvó.

Dos días después (23 de marzo), se celebró un "mitin monstruo" en el Coliseo, para pedir, o, mejor, exigir, del Papa la Cruzada contra Austria. Acabó el solemne acto con una Marsellesa en honor de los mártires que en aquel mismo Coliseo siglos antes dieran su sangre por Cristo.

Ante estos hechos autorizó el Papa a un cuerpo de 12.000 hombres para que se situara en la frontera de los Estados Pontificios. Pero de ninguna manera quiso acceder a la petición de declarar la guerra a una potencia católica y que tantas veces había ayudado al Sucesor de San Pedro a restablecer el orden en sus Estados. Enjambres de voluntarios se alistaron creyendo inminente la guerra y antes de partir quisieron que el Papa bendijera sus banderas. Recibió a seis de sus oficiales y se entabló el siguiente diálogo:

"—Así, pues, partís mañana".

"—Mañana, Santísimo Padre".

"—¿Y sabéis dónde debéis ir?"

"—Hacia donde nos conduzcan nuestros jefes".

"—Bien, hijos míos. Pero antes oíd cuál es vuestra misión. No olvidéis que partís únicamente para proteger las fronteras de nuestros Estados. Absteneos de traspasarlos, porque entonces, no sólo desobedeceréis mis órdenes, sino que además atraeréis sobre el ejército pontificio la responsabilidad de la agresión. Idos, idos, hijos míos, pero no más allá de la frontera; lo repito otra vez: no más allá de la frontera. Esta es mi voluntad".

La orden era clara y precisa. Pero el general Durando, jefe del cuerpo de ejército, se permitió, en Bolonia, publicar una proclama en la que se decía autorizado por el Papa para unirse a Carlos Alberto. La réplica fué pronta: "Cuando el Papa quiere declarar sus sentimientos lo hace por sí mismo, jamás por boca de un subalterno".

Las manifestaciones para que declarara la guerra a Austria se sucedían una tras otra. Pío IX se mantuvo inflexible y en una alocución en el Consistorio secreto del 29 de abril declaró que de ninguna manera quería la guerra, y esto en el mismo momento que el general Durando, transgrediendo sus instrucciones, atravesaba la frontera de los Estados Pontificios, con peligro, después de la declaración del Papa, de que él y sus soldados fueran considerados como francotiradores.

El populacho se puso al rojo blanco. "Pío IX ha traído! Morte ai Cardinali! Morte ai Preti!" y se pintó en las paredes de las casas: "Morte a Cristo! Viva Barabba!"

Carlos Alberto, contra la costumbre, inició la campaña con algunos éxitos, pero bien pronto se siguió la habitual trayectoria. Reforzado Radetzky venció en Santa Lucía, Cornuda, y Curtatone, lo que aprovecharon los voluntarios romanos para desertar con gran valentía, y pavonear sus heroicidades por las calles de Roma donde la guerra era mucho más fácil. Después de la terrible derrota de Custoza (24 de julio de 1848) Carlos Alberto, sin ejército, se refugió en Milán, que bien pronto tuvo que abandonar y en donde entraron enseguida los austriacos (5 de agosto). Los pontificios eran expulsados de Ferrara, aunque los germanos se retiraron en seguida.

Las derrotas del rey del Piamonte hicieron subir el papel de los republicanos: Mazzini, Manin, Montanelli.

El Conde Rossi

Roma y los Estados Pontificios se hallaban en plena anarquía. Los ministros eran o débiles o conjurados. El santo y seña fué: "¡Pío IX ha sido traidor!"

El Papa decidió actuar enérgicamente. Habiéndose negado la II República francesa a ayudarlo, decidió confiar el poder al Conde Rossi, antiguo carbonario y enemigo de la Iglesia, pero convertido más tarde y hombre de una gran capacidad y rara energía. Con mano de hierro atacó a la anarquía, frenó el libertinaje de la prensa, reglamentó las reuniones públicas, encarceló algunos de los más fanáticos agitadores, y Pío IX pudo salir de nuevo a la calle.

El Conde Rossi, pues, se revelaba un enemigo peligroso. Las sectas decidieron suprimirle. Mucho se ha escrito sobre este punto. En resumen los hechos ocurrieron así: El día 15 de noviembre debía asistir a la apertura de la Cámara y quisieron aprovechar esta oportunidad. No faltaron los avisos, que despreció: "Amenazan, luego temen". Por la mañana fué a recibir órdenes del Papa.

"—Sólo recomendaros una cosa: tomad todas las precauciones para evitar al enemigo semejante delito y a Nos un gran pesar".

"—Son cobardes. No se atreverán".

"—Dios lo quiera. Os bendigo de todo corazón".

Al príncipe Rignano le dijo Rossi: "Los republicanos quieren deshacerse de mí. Podría entrar en el Parlamento por una puerta secreta, pero no quiero. Al contrario, voy a demostrar que no los temo".

Cuando bajó del coche los conspiradores le rodearon y Sante Costantini le hirió, con un puñal, en el cuello. La sangre salió en grandes borbotones. Recibió la Extrema Uncción del párroco de San Lorenzo y expiró.

Cuando el ministro Montanari, con voz trémula, anunció a la Cámara el asesinato, el príncipe de Canino, primo del más tarde Napoleón III, Emperador de los franceses, dijo con gran cinismo: "¿Por qué tanto escándalo? ¿Acaso

ha muerto el Rey de Roma?", y el Presidente de la Cámara, fríamente, dijo: "Señores, pasemos a la orden del día". Los diplomáticos abandonaron la tribuna.

La huida a Gaeta

Por la noche una manifestación, formada de ex-voluntarios, carabinieri y otros elementos semejantes, recorrió la capital llevando en hombros a Sante Costantini, el asesino de Rossi y gritando: "Benedetto il santo pugnale! Benedetta quella mano che il Rossi pugnaló!"

Entre tanto se formó un comité extremista para proclamar la República. Al día siguiente (16 de noviembre) se haría una gran manifestación para obligar al Pontífice a que acatará la voluntad popular y en caso contrario declarar la República. Mientras Pío IX trataba de formar un nuevo gobierno se presentó el populacho en la plaza del Quirinal. Lo conducía el príncipe de Canino, el cual blandiendo la espada, gritaba: "Teneos firmes, jóvenes. Hoy es el último día de la clerigalla".

En el palacio los carabinieri se habían pasado al enemigo y la guardia noble no acudió. En todas partes miedo o traición. Sólo la guardia suiza, con lealtad inquebrantable, se mantuvo en su puesto y cerró las puertas del palacio preparándose a morir defendiéndolas. Mientras tanto la multitud rugía en la plaza: "Abasso Pío IX! Ministero democrático o República! Viva la rivoluzione! Morti ai preti!"

Un grupo de oficiales de carabinieri subió a ver al Pontífice para pedirle condescendiera con los deseos de la multitud, pues en caso contrario las consecuencias podrían ser graves. Pío IX declaró que de ninguna manera accedería a las exigencias de súbditos rebeldes, y el embajador español, Martínez de la Rosa, se dirigió impetuosamente a los traidores oficiales diciéndoles: "Idos, señores, y decid a los capítostes de la rebelión que si quieren proseguir sus infames

proyectos no llegarán al Papa hasta pasar por encima de mi cadáver, pero entonces la venganza de España será tremenda".

Declaraciones semejantes hicieron los demás embajadores.

Al conocer la negativa del Papa empezaron a disparar contra el Palacio, y Mons. Palma, secretario de Pío IX, cayó herido en la cabeza a los pies del Pontífice, muriendo en seguida. Evidentemente era más fácil dar "morte" a los "preti" que a los "tedeschi".

Los suizos, impertérritos, seguían defendiendo los puestos, por lo que el príncipe de Canino hizo llevar un cañón (que por cierto llevaba el nombre de San Pedro) para hundir las puertas.

El comité que se había constituido en gobierno provisional negoció con el Papa, el cual accedió a reconocerlo mientras estuviera al frente, presidiéndolo, un eclesiástico. Este gobierno totalmente preso de las logias anunció la convocación de unas Cortes Constituyentes para deliberar sobre la Federación italiana. Mazzini les escribió comunicándoles su satisfacción.

En el Quirinal montaban la guardia destacamentos de la guardia cívica. El Papa estaba virtualmente prisionero.

El 22 de noviembre Pío IX recibió del Obispo de Valence el pixis en el cual Pío VI, durante su viaje de destierro a Francia, había llevado el Santísimo Sacramento, lo cual conmovió hondamente al Pontífice.

Debido a la anarquía que reinaba en Roma y presionado por los diplomáticos extranjeros que temían seriamente por la vida del Papa, decidió éste abandonar la Ciudad Eterna y buscar refugio en Gaeta, en el reino de Nápoles. El 24 de noviembre, a escondidas, dejó Roma, y el 25, después de un emocionante viaje, se hallaba en seguridad en Gaeta.

Iba a comenzar una nueva etapa del Pontificado de Pío IX.

Domingo Sanmartí Font

Saboya-Carignano

El fin de una dinastía

Con la abdicación de Víctor Manuel III pudo afirmarse con grandes probabilidades de acertar, que la Casa de Saboya había dejado de reinar en Italia.

No era indispensable esperar el resultado del referéndum para valorar completamente la importancia de la profunda crisis por que atravesaba en Italia la institución monárquica. Desde el momento en que la monarquía supeditaba su continuidad al resultado de una consulta popular, no es temerario afirmar que por este sólo hecho renunciaba a cualquier especial prerrogativa suficiente por sí misma para hacer valer, sin concesión alguna, su derecho a ocupar el regio solio.

Y planteado así el problema, ¿qué otra cosa podía esperar la rama Carignano de la dinastía saboyana, de una votación en la cual sus principales sostenes, más aún, sus instauradores sacrilegos en la Roma de los Papas, se declaraban en abierta oposición a la permanencia de la misma?

"¿Qué esperamos para sacarnos de encima la actual forma de gobierno que da la muerte? —decía ya en 1877 el diputado Bertani—. Es necesario que la monarquía italiana desaparezca, por el procedimiento de una evolución o en una tempestad por el procedimiento revolucionario".

Así, medio por evolución, medio arrastrada por la tempestad, los Carignanos han abandonado el trono conquistado sin escrúpulos en 1870.

Se han cumplido los fáciles pronósticos: "La monarquía italiana es, con respecto a las logias, ayer cómplice, hoy esclava, mañana su víctima" (1).

Y, sobre todo, quizá, se han cumplido las proféticas palabras de Su Santidad Pío IX: "La cólera de Dios, tarde o temprano, ejecuta los castigos pronunciados por su Iglesia" (2).

La Casa de Saboya que en la persona de Carlos Alberto se prestó a ser fácil juguete de la Revolución, y que con Víctor Manuel II usurpó sacrilegamente, aparte de otros desafueros, los Estados de la Iglesia, ha sido hundida por los mismos que en otra época supieron organizar plebiscitos amañados para instaurar la propia monarquía sobre los territorios conquistados.

Tal vez en estos momentos la continuación del régimen monárquico en Italia, hubiera podido representar alguna ventaja frente a las amenazas revolucionarias. Sin embargo, su

1 Henri Cousin. *Le Temporel des Papes et la Question romaine.*

2 Pío IX. *Protesta contra los sucesos ocurridos en Roma (Gaeta, 27 de noviembre de 1847).*

presencia no hubiera sido—en el mejor de los casos—otra cosa que un simple paliativo. No podía esperarse nada más de su influencia.

Hija de la Revolución, ¿podía ser otro su fin?

Y, por otra parte, conseguida la unidad italiana, ¿podía esperar lógicamente la ayuda de aquellas Potencias que la apoyaron precisamente como instrumento dócil a sus planes?

Lord Palmerston y la unidad italiana

Sin el apoyo que prestaron al Piamonte varias Potencias extranjeras, hubiera sido probablemente muy difícil para aquel país la consecución de sus sectarios objetivos.

Desgraciadamente, los aires revolucionarios encontraron protectores decididos en muchas partes.

La política de Napoleón III representó quizá una de las más sólidas ayudas a los planes de la masonería y de la Alta Venta (3). Pero otros factores, no menos importantes, jugaron un notable papel en el éxito de aquéllos.

Veamos un ejemplo concreto:

En la génesis de la Revolución de 1848 en Italia, tuvo una singular y destacadísima influencia la política británica dirigida por Lord Palmerston.

Inglaterra, en aras de un profundo sentimiento liberal, firmemente arraigado en el principio del libre examen—fruto del protestantismo—, unido a las conveniencias nacionales del momento que la impulsaban a romper la unión fuertemente establecida en otras naciones, se convirtió en la más hábil inductora de los afanes democráticos que anidaban en los antros de las sectas, como instrumento eficazísimo para impulsar decididamente la obra revolucionaria.

“Italianos, no tardéis más tiempo; sed italianos”, había dicho Lord Bentinck en su proclama del 14 de marzo de 1814; y este grito fué hábilmente aprovechado por los que en la unidad italiana cifraban las más fuertes esperanzas para derribar al Pontificado.

Y la Gran Bretaña, que en frase dichosísima de Donoso Cortés, se había convertido de *predicador en diablo*, aprovechó sagazmente el trampolín de la unificación de Italia para la salvaguardia de sus peculiares intereses. Lord Mintho fué el encargado de galvanizar las aspiraciones de los sectarios, tarea que llevó a cabo en un célebre viaje a través del territorio italiano, y que el Gabinete inglés se apresuró a calificar de viaje de recreo.

“Lord Mintho, según afirmaba Napoleón II, desempeñó la misión que le había encargado Lord Palmerston con un ardor que traspasó los límites justos, excitando impaciencias e ilusiones donde convenía especialmente moderación y sostener la firmeza” (4).

¿Podría extrañar semejante actitud por parte de los dirigentes británicos? La respuesta había de ser forzosamente negativa para los que seguían atentamente la trayectoria establecida por aquel Gobierno en sus relaciones con los demás países.

El propio Lord Palmerston no se recataba en afirmar:

“Las miras que han dirigido la (política) del Gobierno de S. M. en sus relaciones con el extranjero, han sido los intereses de Inglaterra.

“Cuando veo que algunos pueblos se esfuerzan en unirse con sus Gobiernos para mejorar sus constituciones, cuando vemos naciones, sintiendo los males que padecen, esforzarse juiciosamente con calma y medida para mejorar su posición, digo que *estas naciones merecen a lo menos nuestra simpatía*. Y si otras Potencias, excitadas distintamente por sus opinio-

nes, tratasen de intervenir para estorbar el desarrollo de la libertad, estoy convencido de que el Gobierno de Inglaterra será siempre sostenido y apoyado por el pueblo inglés, cuando quiera poner su peso en la balanza, para restablecer el equilibrio”.

La intervención británica en la formación de la unidad de Italia se manifestó sin paliativos en la conquista de Nápoles. Ya Fernando II hubo de sufrir ataques despiadados. A pesar de que Inglaterra “había facilitado la revolución, aunque Lord Mintho, enviado de Palmerston, había encendido el fuego revolucionario en Italia y especialmente en Sicilia, Gladstone y Palmerston no se arredraron, el uno para atribuir al rey, en un libelo, el trato cruel de los prisioneros; el otro, confirmándolo, para ponerle en evidencia ante las Cortes europeas” (5).

Más tarde, cuando Víctor Manuel se dirigió contra Francisco II, Inglaterra apoyó con su escuadra el desembarco de Garibaldi en Sicilia contribuyendo notablemente al éxito de las fuerzas invasoras del Piamonte (6).

“Popule meus, quid feci tibi?”

El 8 de febrero de 1848 Carlos Alberto proclamaba la futura ley constitucional. Los sucesos trágicos para Italia iban a desarrollarse con gran rapidez.

A fines de 1847, el Papa Pío IX había levantado su voz contra las intrigas de los revolucionarios que haciendo suyas las doctrinas de Gioberti, presentaban al Pontífice como su aliado en la nefasta tarea.

“Recientemente aún, ¡es horrible decirlo!—afirmaba el Romano Pontífice—ha habido hombres que han hecho al nombre y a la dignidad apostólicas de la cual estamos revestidos, la afrenta de osar presentarnos como partidarios de su locura e instigadores de este detestable sistema” (7).

Sistema encubierto bajo falaces sentimientos patrióticos, con el fin de sembrar el confusiónismo en las mentes y en los corazones. Sistema verdaderamente diabólico en su concepción y en su desarrollo, y que como el propio Papa aseguraba no era posible que hubiese salido de la sola inteligencia de los hombres.

“Los sucesos que, después de dos meses vienen sucediéndose y acumulándose con gran rapidez, no son una obra humana”, decía Pío IX en el mismo año en que, por designios inescrutables de la Providencia, iba a contemplar el Mundo la instauración de la sacrilega República romana (8).

Siete meses después de pronunciadas aquellas palabras las sectas creyeron llegada su hora. El asesinato de Rossi fué la señal que puso en movimiento los tentáculos de las logias y de la Alta Venta. Pío IX ayudado por algunos miembros del Cuerpo Diplomático, logró escapar de sus Estados en los que la Revolución triunfante se había hecho dueña absoluta, implantando el más horrendo despotismo.

Pronto se cumplirá el centenario de tan afrentoso hecho. El Papa legítimo Rey de Roma, era echado del solio por los aliados del rey de Saboya. No pasarían cien años que el descendiente del rey piamontés, que en 1870 se había apoderado de los Estados Pontificios, sería también lanzado de su trono por las instigaciones de los herederos directos de aquellos mismos revolucionarios.

5 Weiss. *Historia Universal*, Vol. XXIV.

6 El periódico masónico *Globe*, órgano de Palmerston, decía en 1849: «El andamiaje levantado por el Congreso de Viena era tan arbitrario, tan artificial, que todos los hombres de Estado de opiniones liberales previeron bien que no soportaría el primer choque de Europa. Todo el sistema establecido por el Congreso está en plena disolución, y lord Palmerston ha obrado sagazmente al no prestar su concurso para oponer un dique a las olas invasoras». Deschamps. *Las sociedades secretas et la Société*.

7 Pío IX. *Alocución en el Consistorio secreto*, celebrado el día 17 de diciembre de 1847. (Rohrbacher, *Histoire Universelle de l'Église Catholique*, tomo XVI).

8 Pío IX. *Alocución a los pueblos de Italia* (30 de marzo de 1848).

3 «La demolición del trono del Papa es la obra gradual y deliberada de Napoleón III», decía en 1866 el periódico inglés *Times*.

4 M. Leal y Madrigal. *La guerra de Italia*. Parte Cuarta: Documentos oficiales y otros.

Llegado a Gaeta, Pío IX lanza su enérgica protesta por lo que ocurre en Roma:

"...En la ingratitud de nuestros hijos, reconocemos la mano del Señor que nos golpea, y que quiere que expiemos nuestros pecados y los de los pueblos. Pero no podemos, sin traicionar nuestros deberes, abstenernos de protestar solemnemente en presencia de todos... por la violencia inaudita y sacrilega que hemos padecido. Esta protesta queremos renovarla solemnemente en las presentes circunstancias, a saber, que *Nos, hemos sido oprimido por la violencia y en consecuencia declaramos que todos los actos que han seguido son nulos y de ningún valor ni fuerza legal*" (9).

Las palabras del Pontífice en aquellas afrentosas circunstancias tienen en nuestros días un indudable eco.

También hoy, un rey de Roma abandona el suelo de Italia. También hoy, la bandera roja de las huestes de Garibaldi ondea sobre la capital de la Cristiandad. Pero la Sede de Pedro continúa inmovible frente a las mudanzas de los tiempos, frente a todas las iniquidades de los enemigos de Dios.

La dinastía que tanto contribuyó a ultrajar al Papado, se ve abandonada por sus propios secuaces. ¿No puede adivinarsse en todo ello la mano de la Providencia?

"...Ni un rey estará seguro de guardar su corona"

En 1870 se consumaba la expoliación de los Estados de la Iglesia.

La brecha abierta por el general Cadorna representaba la coronación de una labor tenaz, incansable, de los agitadores revolucionarios, hábiles especuladores de la ambición de una monarquía y del tópico deslumbrador de un falso patriotismo.

Victor Manuel se instalaba en el Quirinal. Pío IX, por su parte, se recluía en el Vaticano, negándose a sostener cualquier diálogo con el usurpador.

El Monarca saboyano intentó varias veces visitar al Papa. En una ocasión fué intermediario de sus deseos el Emperador del Brasil, Pedro II. Ante la pretensión de Victor Manuel, S. S. Pío IX respondió así al Emperador: "No queráis hacer de abogado suyo; eso rebaja vuestra dignidad. En el presente estado de cosas, él no entrará jamás aquí con mi permiso. Si quiere puede hundir la puerta de mi palacio, como hundió con los cañones la puerta de Roma, como forzó la puerta de mi palacio del Quirinal; pero si lo hace podrá ver al mismo tiempo cómo me voy por la parte opuesta" (10).

Las tropas piemontesas pudieron contar en el asalto a

Roma con ayudas poderosas. Lémann, judío convertido, lo explica con frases terminantes en una carta dirigida a los israelitas. Copiaremos algunos fragmentos reveladores:

"Cuando el 20 de septiembre de 1870, el Gobierno subalpino abrió a cañonazos las puertas de Roma, la brecha no estaba aún totalmente acabada, cuando una masa de judíos la traspasó para felicitar al general Cadorna. El Ghetto todo entero se engalanó con los colores piemonteses... Los zuavos defensores de Pío IX, que habían recibido la orden de no continuar su heroica resistencia, fueron llenados de insultos por los judíos que los esperaron en el puente de Sant-Angelo, llegando incluso a arrancarles sus vestidos..." (11).

No en balde, "*ipoveri ebrei, nella loro non meno empia che stotta speranza di poter distruggere la nuova Gerusalemme per rifabbricare l'antica, sono stati sempre i più fideli alleati e propagatori della Massoneria e della Carboneria...*" (12).

La Revolución había conseguido uno de sus más anhelados triunfos. Pero ¿qué consistencia podía tener una institución basada en el expolio y en el apoyo sectario?

"*La Revolución contra el Papa es la revolución en todas partes; contra todo respeto y contra toda autoridad, porque no hay en este Mundo derecho más grande y más verdadero que el del Papa*" (13); y Louis Veuillot ha afirmado terminantemente: "*El dominio de San Pedro es la clave de todas las herencias. Si es arrancado, ni un rey estará seguro de guardar su corona, ni un propietario de conservar su campo, y los mismos muertos no tendrán tampoco la propiedad de sus tumbas*" (14).

¿Puede extrañarnos muchísimo que así haya sucedido?

Y para quienes veían en la continuidad de la monarquía saboyana el valladar definitivo contra los nuevos ataques de la Revolución; la única solución duradera frente a la descomposición y al caos; y el remedio seguro para los males que aquejan al pueblo italiano, creemos del mayor interés recordarles unas palabras del insigne Balmes:

"La monarquía no puede ser en ningún país una forma calculada puramente convencional; es preciso que sea de sentimiento, de tradición, que *se ligue profundamente con ideas religiosas y morales*, que esté acompañada de una vasta organización social en analogía con ella; si no es así, jamás se hará entrar en las cabezas de los hombres el dominio de una sola familia sobre una nación de muchos millones de habitantes. Desde el momento que los pueblos calculan sobre la monarquía en vez de amarla, la monarquía muere" (15).

José-Oriol Cuffi Canadell.

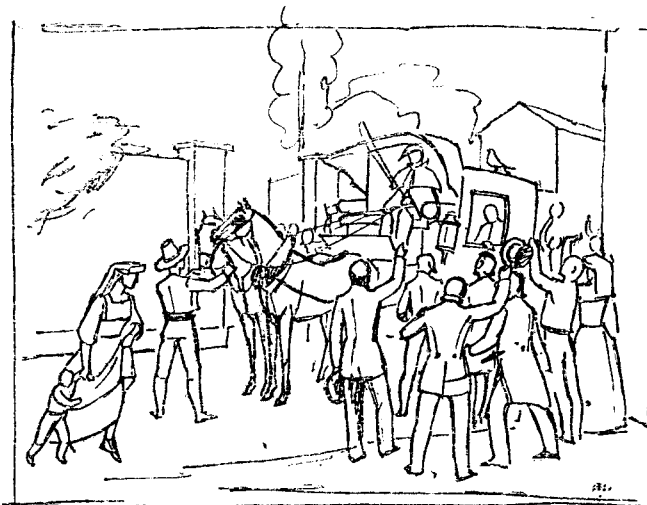
11 Delassus. *La conjuration antichrétienne*, tom. III.

12 *Civiltà Cattolica*, 21 de agosto de 1875.

13 Henri Cousin. *Obra cit.*

14 Louis Veuillot. *Le parfum de Rome*.

15 Balmes. *Escritos políticos: República Francesa*. (Obras completas, volumen XXXII).



PAX ROMANA

Apuntes acerca de las tareas nacionales e internacionales de la intelectualidad católica

"Dios no nos pregunta si hemos logrado nuestro cometido, sino si hemos hecho cuanto nos haya sido posible."

(Palabras pronunciadas con motivo del X Aniversario de PAX ROMANA, en 1930)

La formación de los elementos directivos

Para llevar a cabo con éxito una ofensiva católica de gran estilo, se precisa ante todo a numerosos elementos directivos de envergadura.

En la actualidad, éstos todavía hacen mucha falta; los que ya han dado excelente resultado, son en número insuficiente. La juventud vendría de buena gana hacia nuestro movimiento, pero resulta que si bien disponemos de gran número de afiliados *in spe*, a su parte más activa no solemos dar, en la inmensa mayoría de los casos, una formación idónea, ni un campo de actividades suficientemente amplio en el que sus latentes capacidades de jefes puedan desarrollarse libremente, y pudiera traducir en realidades su afán de renovación, su idealismo, su dinamismo juvenil. Observamos casi a diario que esta parte de la juventud, ávida de acción por antonomasia—piense en los atinados análisis del alma adolescente de Eduard Spranger y otros psicólogos—queda atraída y conquistada por otras organizaciones, ya neutrales, bien hostiles a nuestra concepción del Mundo, únicamente a raíz de nuestra pasividad o a consecuencia de que la labor que podría desarrollar en el seno de nuestra organización le resulta demasiado gris y falta de atractivos.

A nuestro entender, no resultaría demasiado difícil remediar esta situación desfavorable, y huelga decir que la mejor manera de atraer los mejores elementos de la juventud hacia "PAX ROMANA", sería la organización de unos *cursillos de formación de jefes*, tal como se los suele organizar en el seno de otros movimientos juveniles en el Mundo entero. Dichos *cursillos* ofrecerían la enorme ventaja de que, dada la universalidad del catolicismo, podrían ser organizados a una escala internacional. Tras de una previa selección, en la que podrían utilizarse no sólo los métodos ya "clásico" de la moderna psicotecnia, sino aprovecharse incluso las enseñanzas de selección todavía más recientes practicadas por la psicología militar alemana (una vez depuradas de cuanto pudieran tener de específicamente tudesco o "nazi", desde luego) y de la psicología militar norteamericana, polaca y húngara. (Sabido es que los dos países católicos en los que la psicología militar gozaba de mayor desarrollo, antes de 1939, eran precisamente Polonia y Hungría.) Puesto que especialmente en las naciones de habla española existen ya especialistas de la Psicología Militar, muy duchos en el problema de la formación de jefes—España, la República Argentina, etc.—no costaría mucho esfuerzo adaptar los métodos ya elaborados a las necesidades peculiares de nuestro movimiento.

Breve ojeada sobre la «formación de las élites»

Desde que el sociólogo Pareto pusiera de moda el problema de la "circulación de las élites", el problema de dichas minorías selectas, únicas aptas a imprimir un rumbo justo a la Humanidad "masificada" (Werner Sombart—*La rebelión de las masas*, del maestro español Ortega y Gasset) ha venido ocupando a menudo a las mejores cabezas del

Mundo. El moderno problema de las masas hace surgir como su contrapartida, el de los jefes, los *meneurs*, tanto en el sentido bueno como malo de esta palabra. En vez de este vocablo francés, de regusto algo peyorativo, proponemos el feliz término encontrado por el padre agustino César Vaga, uno de los mejores especialistas españoles de psicología vocacional (véase sus estudios luminosos aparecidos en la excelente REVISTA DE ESPIRITUALIDAD, publicada por los RR. PP. Carmelitas en Madrid): *Ductor*.

La mejor introducción a la problematología de la formación de jefes sigue siendo el libro del ingeniero francosujizo Carrard, "*Le chef*" (E. Delachaux et Niestlé, S. A., Lausanne). Este autor, ingeniero de profesión y muy versado en los problemas que se refieren a la juventud, es de inspiración profundamente cristiana. Su libro, que a veces podría parecer demasiado sencillo, será de suma utilidad para todos cuantos se interesen por los problemas de la *ducción humana*. En realidad, Carrard tuvo ante todo el mérito de introducir, en una forma fácilmente asequible para todos, las ideas básicas de la *Menschenführung* alemana, así como del *Scientific Management* anglosajón. Desde luego, al pasar por el tamiz de la "claridad francesa", las ideas germánicas o anglosajonas ganaron extraordinariamente en sencillez y diafanidad.

Desde luego, tal como ocurre también en el campo de la *propaganda*, la Iglesia romana posee aún los mejores métodos de selección y formación humana. Resultará sumamente fácil completar dichos métodos tradicionales con el aporte de la moderna psicología y con los consejos de las mejores mentes seculares. Para estos últimos, el contacto con los apologetas y sociólogos eclesiásticos resultará tanto más beneficioso cuanto que es una triste verdad que no sólo es a menudo insuficiente, sino que incluso la preparación encaminada en tal sentido de numerosos jefes católicos deja aún mucho que desear. Las ideas acerca de los problemas de la apologética de muchos de entre ellos acusan grandes lagunas o resultan demasiado abstractas. Hay cada vez menos sacerdotes y paisanos que, además de dominar a fondo su fe, tanto intelectual como afectivamente, sepan ser al mismo tiempo brillantes apóstoles de la misma, con su oratoria agradable, su pluma eficaz, capaces de presentarse con la seguridad de triunfar no sólo ante públicos católicos, sino incluso ante públicos indiferentes y hostiles. (Padre LABURU, S. J. abbé VERDIER, etc.).

En una palabra, lo que hace falta, es una *ciencia católica de la organización*. La ciencia de la organización aun está en sus comienzos, incluso en la gran República norteamericana, en donde sólo en el curso de los últimos años han empezado a publicarse obras especializadas al efecto. Siendo la Iglesia católica el más clásico modelo de organización, tal como lo reconocen incluso sus más empedernidos enemigos, no resultaría demasiado difícil, a nuestro entender, aplicar sus métodos sobre las necesidades de las nuevas formas sociales.

La solución más práctica nos parece, en cuanto a "PAX ROMANA" se refiere, el envío de la documentación de todas las conferencias nacionales, regionales o profesionales que se organicen, a una central designada al efecto, la cual la estudiara a fondo, comentándola adecuadamente, publicando luego el resultado—por lo menos bajo la forma de un resumen de las cosas más esenciales—.

COLABORACION

Es preciso buscar y encontrar a los elementos mejores de todas las naciones, convirtiéndoles en los mejores elementos directivos, organizadores y agitadores (en el mejor sentido de esta palabra) del catolicismo militante. Es imprescindible acabar con la triste situación actual, en que vemos a diario cómo por doquier se propagan ideas erróneas y falsas, y conceptos que fatalmente arrastrarían al Mundo hacia la catástrofe.

Es más que recomendable que se brinde oportunidad a los jefes nacionales e internacionales de "PAX ROMANA" para conocer directamente y por experiencia propia la vida católica del mayor número posible de las naciones católicas o de las minorías católicas de las demás. Hay que enviar a los organizadores de "PAX ROMANA" de un país a otro, según el *sistema de turnos*; por un lado, este método les permitirá ensanchar considerablemente su horizonte y su rutina internacional, y por el otro, ya con su mera presencia servirían de valiosísimo estímulo a la labor de las organizaciones locales de "PAX ROMANA" y de las de las demás juventudes católicas.

Siempre dentro del marco de las posibilidades, hay que conseguir la creación, para "civiles", de unos verdaderos *castillos de caballería católica* en los cuales los jóvenes estudiantes o diplomados, una vez demostrada su aptitud, puedan gozar de enseñanzas especiales que les capaciten para desempeñar su papel de futuros ductores, siguiendo cursillos especiales durante un semestre o un año. Nunca se recomendaría bastante la constitución de entidades como la benemérita *Karolische Leo-Gesellschaft* ("quia nominor leo"), recomendada muy especialmente por uno de los mejores caracterólogos modernos, Rudolf Allers, catedrático en la "Catholic University", de Washington, y que últimamente tan feliz intervención tuvo en la discusión sobre la bomba atómica, organizada en los Estados Unidos.

Llegar a formar parte de los cursillos organizados en tales "castillos de caballería cristiana" o "abadías" laicas, tal como se han organizado ya, aunque muy tímidamente en diversos países de Europa, tendría que representar una alta distinción y reconocimiento de méritos, obtenidos tras de una ardua labor tanto teórica como práctica. A veces, según los casos, la designación para participar a los mismos podría verificarse de una manera secreta.

Andando el tiempo, la formación de una élite católica, bien enfocada, podría dar como fruto el hecho de que en el plan internacional figurasen cada vez más numerosos elementos católicos, cuya preparación en el dominio de idiomas extranjeros y de sus respectivas especialidades no sólo pudiera rivalizar con los de sus contrincantes no católicos, sino que, incluso, los superara. Desde luego, su superioridad quedaría asegurada ya por su ética católica. Piénsese en el inmenso bien que representó para la fe la actividad de personalidades tan relevantes como un Chesterton o un Hilaire Belloc, escritores que conquistaron un auditorio mucho más allá de los ámbitos estrictamente católicos.

Estas élites católicas así formadas tendrían luego la altísima misión de, colaborando estrechamente con la Iglesia, y siguiendo los consejos y las directrices de ésta, *recristianizar* las sociedades humanas, sumidas en la anarquía moral y la indiferencia.

Necesidad de crear una sección de orientación y prensa

Es una tristísima verdad que "PAX ROMANA" es todavía muy poco conocida en todas partes. A muchos, les "sonará" algo su nombre, pero sin poder precisar qué representa en realidad nuestro movimiento; esto ocurre no sólo en los ambientes universitarios en general, sino a veces incluso en ambientes de carácter eclesiástico, como cada uno de nosotros lo habrá observado ya en su práctica personal de cada día.

La segunda guerra mundial acabó por destruir las relaciones existentes anteriormente entre los diversos grupos nacionales afiliados. El material de documentación existente requiere una revisión completa, si no una reforma total. No cabe duda de que los centros nacionales de "PAX ROMANA", podrían completar considerablemente la documentación que poseen actualmente sobre los problemas universitarios del Mundo. Con la progresiva mejora de las comunicaciones esta labor de complementación podría iniciarse con excelentes perspectivas de éxito.

Esta tarea incumbiría a las diversas Secretarías nacionales cuya organización debería de considerarse como una de nuestras tareas primordiales dentro del plazo más breve. Hay que proceder sin demora al nombramiento de *corresponsales* oficiales en cada localidad de cierta importancia; dichos corresponsales se reclutarían entre los elementos más dignos de confianza y decididos a aceptar todos los inconvenientes de su cometido, ofreciendo las debidas garantías. La responsabilidad de tales corresponsales es grande, por lo cual debería de preverse el modo de exigir que la aceptasen plenamente. En efecto, existe para "PAX ROMANA" la imperiosa necesidad de arreglar el *problema de la disciplina*, ya que sin ella cunde el desorden y la anarquía y toda acción sería ve condenada de antemano al fracaso. Ocurre que no se obtiene contestación a cartas importantes, no se llenan los formularios de encuestas en el tiempo debido, y cuando por fin llegan noticias y uno cree haber podido obtener satisfacción, resulta que las respuestas son totalmente insuficientes o inservibles.

Sabemos de buena tinta que en los años venideros, especialmente en España, aparecerán importantes enciclopedias católicas generales. Sin embargo, se hace sentir cada vez más la ineludible necesidad de poseer alguna obra enciclopédica por el estilo, dedicada especialmente al ambiente universitario, con amplio material informativo y sin olvidar las biografías de las personalidades universitarias católicas de mayor relieve. Pensamos aquí en una especie de "Almanaque de Gotha" universitario católico, en una especie de *Minerva Jahrbuch*, pero ya no laico, sino católico. Es difícil imaginar la falta que hacían en la labor de "PAX ROMANA" durante los últimos veinticinco años obras de esta clase, y cuya redacción no resultaría demasiado difícil si todas las secciones nacionales colaborasen, aportando el material idóneo de su nación, bajo la competente dirección de un Comité Internacional de redacción.

Cada grupo nacional podría contribuir a la obra común una especie de *Vademécum católico* de su nación. Tal vademécum podría contener:

- a) Un resumen de la situación y de la influencia de la Iglesia católica en la nación respectiva, así como su historia en el decurso de los últimos veinticinco años;
- b) Todos los datos principales relativos a los seminarios, a las Universidades y Escuelas de Altos Estudios Católicos, con amplias estadísticas de su profesorado, alumnado, actividades, etc.;
- c) Una descripción y característica detalladas de todas las organizaciones católicas del país en cuestión, con indicación exacta de sus actividades, número de afiliados, elementos directivos, publicaciones, sin olvidar observaciones de sana autocritica.

De este modo, podríamos servir muy útilmente la importante finalidad del conocimiento de nosotros mismos, que es el primer paso hacia un adecuado conocimiento de los demás. El conocimiento de sí mismo es la primera condición básica del Renacimiento católico, muy especialmente en las Universidades; una fuerza que se desconoce o ignora deja de representar fuerza alguna.

Huelga decir que al establecer esta especie de catastro de las instituciones y personas católicas en todo el Mundo, se nos brinda automáticamente la ocasión para hacer otro

tanto con las instituciones y personalidades adversas o sencillamente neutrales. En el decurso de tamaña labor, que debe incumbir en cada país no a unos cuantos individuos, sino a nutridas comunidades de trabajo, podríamos llegar a determinar, más allá de los áridos datos de la Estadística, tanto nuestros adelantos en determinados aspectos, como nuestros retrasos en otros. Se podría determinar los puntos flacos, los retrocesos, así como los adelantos, circunscribiendo con relativa exactitud nuestras tareas más urgentes y, luego, las menos inminentes. No es necesario observar que tal labor, iniciada primero con carácter meramente descriptivo, nos conduciría automáticamente, que lo queramos o no a determinar las causas y circunstancias que han provocado el fortalecimiento o la debilitación de la Iglesia y de las organizaciones, instituciones, Prensa, etc., católicas.

El resultado de tales investigaciones —que ya por su carácter sincero deberían de ser confidenciales, sin que la supresión de su circulación en ambientes más vastos pueda mermar la eficacia de las conclusiones prácticas— deberían de confluír periódicamente a la Secretaría General de PAX ROMANA, la cual las tendría constantemente en cuenta en su labor, con vistas a lograr la máxima eficacia.

Nos parece muy natural que las actividades pasadas y actuales de cada una de las organizaciones nacionales afiliadas a PAX ROMANA debe constituir el objeto de otros relatos muy pormenorizados. Estos relatos podrían confeccionarse periódicamente y según unas normas fijadas en un plan internacional común, para cuya elaboración se requiere un período de ensayo, para coleccionar el suficiente número de experiencias prácticas. En nuestros días, tan afeerrados a los resultados numéricos y a la mensuración, sólo este sistema de relatos paralelos permitirían comparar los resultados obtenidos haciéndolos *commensurables*.

No cabe duda de que este modo de confrontar resultados serviría de estímulo para los mismos elementos directores de PAX ROMANA, cuya actividad se basaría desde entonces en adelante en un conocimiento adecuado de las realidades en todo el mundo. Ello contribuiría sin duda a fortalecer su sentido de responsabilidad y de su conciencia de las propias fuerzas y posibilidades.

Sólo la posesión de tales relaciones detalladamente podrían tener al corriente acerca de hechos tan importantes como la situación, constantemente cambiante, del catolicismo en el mundo universitario.—¿Cuántos católicos activos y dignos de toda confianza hay entre los profesores y entre el alumnado de las facultades, entre los jefes y miembros de las asociaciones universitarias, en las redacciones de los periódicos estudiantiles, etc.? A todas estas preguntas, necesitamos poder obtener respuesta en cada momento, para saber con qué clase de colaboración podemos contar, con qué clase de resistencias o indiferencias podemos tropezar a cada paso, y conocer no sólo nuestras fuerzas y flaquezas, sino incluso la superficie de ataque más débil de nuestros adversarios. Unas estadísticas elaboradas al efecto deberán informarnos constantemente, renovándose de año en año, sobre los cambios sufridos por los efectivos de las organizaciones y grupos (a) católicos, (b) indiferentes y (c) adversarios, observando de cerca asimismo los eventuales cambios producidos en sus actividades, táctica, estrategia. Los modernos métodos de *Mass Observation* (Inglaterra) y de "*sondeo de la opinión pública*" (GALLUP, Norteamérica) nos brindan excelentes métodos para hallar respuesta, verbigracia, a las preguntas siguientes (u otras, análogas): ¿Qué grupo dispone de publicaciones y de cuáles? ¿Cuántos lectores leen regularmente el periódico publicado por un grupo concreto, y entre los lectores, qué tanto por ciento hay de simpatizantes, de indiferentes y de adversarios?, etc.

Dr. Jorge Kibedi

Delegado húngaro de PAX ROMANA

Los reyes católicos

(Monólogo del Fresno)

Sí, amigo Manzano, le vi anteayer revoloteando alrededor del ministro luciendo cintitas de seda en el ojal del chaqué, le adiviné ayer tostándose al sol, perdido entre la multitud que vibraba en el estadio y le veo ahora en esta tarde de lunes de Pentecostés libando el ensueño de un bosque templado tan cercano a pesar de la lluvia; sí, amigo Manzano, y lo que más le sorprenderá es que esta vez estoy de acuerdo con usted: éste es en verdad un día histórico y le voy a decir la razón de ello puesto que usted probablemente la ignora.

Este es un día histórico porque hoy termina una época, una edad, que va a ser de las más importantes en la historia del mundo, hoy termina el tiempo de los reyes católicos.

No me interrumpa, amigo, no me interrumpa, que no hablo de los Reyes Católicos con mayúscula, sino de los reyes católicos con minúscula, que son todavía más importantes; Fernando e Isabel, al sentir la necesidad de ser específicamente católicos nos señalan que su tiempo es ya el del principio del fin de los reyes genéricamente católicos.

Le estoy hablando del fin de los reyes católicos sin dar-

me cuenta de que en nuestra moderna lengua, acaso arrugada por lo que el vulgo llama "falta de principios", en la palabra "fin" se confunden dos significados, a saber: el de término y el de causa final.

Conservo todavía un algo de caridad cristiana y no le voy a estropear, querido Manzano, estas sus últimas horas de descanso, despertando en usted la preocupación del porqué la Divina Providencia hizo aparecer esta institución que hoy tan curiosa nos parece, ni me siento capaz de disertar sobre los frutos que tal institución ha producido a pesar de las malas pasiones y peores acciones de muchos de sus miembros.

Pero observe usted que el fin o desaparición de los reyes católicos también fué, o debió de ser, el fin o finalidad de ciertas gentes; sería, en efecto, difícil admitir que por una parte fuesen las revoluciones, movimientos isotropos, fuerzas ciegas como aguas desbordadas, y que por otra parte sólo ciertos diques resultasen derrumbados, sólo ciertas direcciones se viesan privilegiadas por el éxito.

Hoy hace cien años, por ejemplo, ¿sabe usted cuántos reyes había en Europa? Pues sí no me equivoco diez y

DE ACTUALIDAD

nueve, y entre ellos cuento a las reinas, ya que a la sazón había tres: recién empezaba en Inglaterra la reina Victoria y en nuestra península se sentaban, no sin sobresaltos en los tronos, doña María de la Gloria en el de Portugal e Isabel II en el de España. Luis Felipe en Francia, Carlos Alberto en Cerdeña, Fernando II en Nápoles, Fernando en Austria, Luis en Baviera, Leopoldo en Bélgica, etc., hasta Abdul Medud en Turquía, que por ser pagano lo pongo el último.

En total encuentro diez y nueve, de los cuales nueve eran católicos, tres cismáticos, seis herejes y uno pagano.

Hagamos otra cuenta y veremos que hoy día sólo hay siete reyes realmente reinantes y de ellos tres cismáticos y cuatro herejes; de católico ninguno; trono católico queda, es cierto, uno, el belga, pero se encuentra en una situación especial.

Los tres cismáticos que existían han desaparecido, pero hay dos más, en Rumania y Grecia, y otro más, Jorge VI de Inglaterra, lo podemos clasificar como cismático y no hereje, como era la reina Victoria, ahora hace un siglo.

De los seis herejes, ha habido sólo dos bajas, las inevitables a causa del hundimiento de las potencias centrales en 1918, y una alta, y digo alta sin que ello sea aludir a la

elevada estatura del rey Haakon de Noruega. Y por fin, el único pagano desapareció.

De los nueve católicos desaparecieron tres antes de 1918, tres en dicha época, y más recientemente el de España, y hoy, el último, el de Italia.

Es posible que vuelva a funcionar alguna monarquía católica, en Bélgica y en algún otro país, que se confirme la monarquía cismática en Grecia y acaso que nos enteremos de que alguien reconoce, como años atrás, un reyezuelo pagano en Albania.

Tampoco menciono a la Gran Duquesa de Luxemburgo, al obispo de la Seo de Urgel copríncipe de Andorra, ni a los príncipes de Mónaco y Liechtenstein. Obsérvese, además, que ninguna de las varias dinastías instauradas en los últimos cien años ha sido católica.

La tendencia es clara y vale la pena de que usted se de cuenta, amigo Manzano, que desde el edicto de Milán de principios del año 313, hoy, 10 de junio de 1946, por primera vez en más de diez y seis siglos se puede decir que no hay un solo rey católico en Europa.

Al empezar el Rosario, deberemos poner, pues, más fuerza en pedir para "la extirpación de las herejías" que para la "paz y concordia de los príncipes cristianos".

Fraxinus Excelsior

Vallvidrera, fiesta de Santa Margarita, Reina de Escocia, en 1946.

Noticiario quincenal

Nuevas normas para la elección del Papa

Recientemente se han publicado algunas disposiciones tendentes a asegurar la más adecuada elección para la Sede vacante.

Ellas tienden a evitar el que algún electo pueda haber sido votado por sí mismo. Se determina también el rigor con que deben ser quemadas las papeletas luego de cada votación, así como todos los escritos y notas que los Cardenales hubieran podido hacer en relación con la misma, a fin de evitar el que, hallados con posterioridad, pudieran dar indicios reveladores de cuanto sucediera en el Cónclave. Y se dispone que el número de votos necesario para resultar elegido sea el de los dos tercios más uno, en lugar de sólo los dos tercios como hasta ahora venía siendo.

José Mojica trabaja en favor de las Misiones

Un antiguo artista de cine y otro que fué pianista profesional, ambos religiosos ahora, dieron en la Misión de Maryknoll un concierto improvisado. El artista de cine era Fray Mojica, quien despreció fama y fortuna en Hollywood para trabajar como franciscano entre los indios peruanos; será ordenado dentro de dos años. El pianista era un joven sacerdote de Maryknoll, presbítero Vicente McConaughy, quien había recorrido Europa y América con una orquesta estadounidense.

Fruto del esfuerzo misionero

De la población de China, que se eleva a los 483.000.000 de habitantes, eran católicos 720.000 en 1900, el número su-

bió a un millón en 1907; en 1931 superó a los dos millones. Y actualmente cuenta China con cerca de 3.500.000 de católicos y 600.000 catecúmenos. En 1935 el porcentaje de católicos con la población era de 1 contra 180; en 1940 subió a 1 por 148 habitantes.

Halagüeño porvenir del catolicismo en China

El panorama se presenta altamente consolador, a juzgar por las palabras del Mariscal Chang Kai Chek en su última alocución al pueblo chino, inspirada en la doctrina de Jesucristo. Dice, entre otras cosas, lo siguiente:

"Mi ánimo está conmovido por las palabras de Jesucristo: "No hagas a otro aquello que tú no quieres que te hagan a ti", y por aquellas otras: "Perdona a tu enemigo". Mis queridos compatriotas: Recordad también los sabios consejos de clemencia que nos enseñaron nuestros sabios antiguos: "No recordéis las ofensas pasadas y haced el bien a los demás". Sigue hablando de la paz a restaurar en el mundo y pide clemencia con el pueblo japonés, que es inocente, puesto que una paz sostenida por las armas no es siempre preludio de una paz durable. Termina con estas palabras: "Un nuevo orden mundial tiene que ser creado sobre las bases del amor predicado por Cristo. Por eso es por lo que yo oro sinceramente a Cristo, Príncipe de la Paz".

Esta buena voluntad del Mariscal chino, la ayuda de Dios a través de los misioneros, que siembran la buena semilla de la fe, la conversión en masa de miles de chinos a nuestra sacrosanta Religión, hacen mirar el porvenir de este inmenso pueblo con esperanza cierta y consoladora, que muy pronto entre a formar parte del rebaño de Cristo.

CON CENSURA ECLESIASTICA



Esteban
Pons
Jorba

TELÉFONO
3 0 7 8 0

Fábrica y Despacho: Regente Mendieta, 15 y 17 - BARCELONA (Sans)

CRISTIANDAD

Tomo encuadrado de

1 9 4 5

De venta en las principales librerías

Semanario

MISION

REVISTA DE ACTUALIDAD MUNDIAL

Número suelto 1 peseta

Precios de suscripción:

Anual . . . 45.— pesetas

Semestral. . 22.50 „

Trimestral . 11.25 „

Extranjero: 70, 35 y 17.50 Ptas.

Cruz, 1 - MADRID

Cuevas de Artá



MALLORCA

Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

Hotel Compostela

SANTIAGO

100 habitaciones

80 cuartos de baño

EL MEJOR HOTEL DEL NOROESTE DE ESPAÑA
El más barato de España, entre los de su categoría